

David Bohm (1997). *Sobre el diálogo*.  
Barcelona: Kairós.

## 2. SOBRE EL DIALOGO

Normalmente solemos iniciar un grupo de diálogo hablando *sobre* el diálogo, exponiendo los motivos que nos llevan a emprenderlo, de su significado, etcétera. No creo que sea muy inteligente comenzar un grupo antes de que la gente haya pasado, al menos hasta cierto punto, por todo eso. También puede emprenderse el diálogo sin pasar por ahí, pero hay que tener en cuenta que, más pronto o más tarde, este tipo de cuestiones terminarán presentándose. De modo que, si piensan organizar un grupo de este tipo, les sugiero que comiencen hablando sobre la naturaleza del diálogo con las personas que se muestren interesadas en el tema. Y no deberíamos preocuparnos excesivamente por si estamos dialogando o no, porque ése suele ser uno de los principales obstáculos y, en cualquier caso, no es lo más importante. Así que convendrá comenzar, durante un tiempo, hablando sobre la naturaleza del diálogo.

En mi opinión, el significado del término «diálogo» es algo distinto del que suele atribuírsele. El origen etimológico de las palabras suele servir de ayuda para comprender su significado y, en este sentido, el término «diálogo» proviene de la palabra griega *diálogos*, una palabra compuesta de la raíz *lagos*, que significa «palabra» (o, en nuestro caso, «el significado de la palabra») y el prefijo *día*, que no significa «dos» sino «a través de». El diálogo no sólo puede tener lugar entre dos sino entre cualquier número de personas e incluso, si se lleva a cabo con el

espíritu adecuado, una persona puede llegar a dialogar consigo misma. La imagen que nos proporciona esta etimología sugiere la existencia de una *corriente de significado* que fluye entre, dentro y a través de los implicados. El diálogo hace posible, en suma, la presencia de una corriente de significado en el seno del grupo, a partir de la cual puede emerger una nueva comprensión, algo creativo que no se hallaba, en modo alguno, en el momento de partida. Y este significado compartido es el «aglutinante», el «cemento» que sostiene los vínculos entre las personas y entre las sociedades.

Comparemos esto con el significado de la palabra «discusión», un término que tiene la misma raíz que las palabras «percusión» y «concusión», y cuyo significado es disgregar. El término «discusión» subraya la idea de análisis, de personas que sostienen puntos de vista diferentes y que, en consecuencia, conciben y desmenuzan las cosas también de modo distinto, lo cual, obviamente, tiene su importancia, pero resulta limitado y no nos permite trascender la divergencia de puntos de vista. En este sentido, la discusión se asemeja al pimpón en que las ideas van y vienen y en que el objetivo es ganar o conseguir el mayor número de tantos posible. Tal vez, en un juego de estas características, se apele a las ideas de alguien para respaldar las propias, pero el objetivo, en cualquiera de los casos, es vencer. Éstos son, al menos, los cauces por los que habitualmente suele discurrir una discusión.

El espíritu del diálogo, sin embargo, es completamente diferente porque, en él, nadie trata de ganar y, si alguien gana, todo el mundo sale ganando. En el diálogo no se trata de obtener más puntos ni de hacer prevalecer una determinada perspectiva porque, cuando se descubre un error, todo el mundo sale ganando. El diálogo es un juego al que podríamos calificar como «ganar-o-ganar» (a diferencia de lo que ocurre en la discusión, un juego del tipo «yo-gano-tú-pierdes»). Pero el hecho es que el diálogo es algo más que una participación común en la que no estamos jugando contra los demás sino *con* ellos.

Es evidente, pues, que la mayor parte de lo que suele denominarse «diálogo» no tiene nada que ver con mi acepción del término. Los miembros de las Naciones Unidas, por ejemplo, afirman sostener diálogos, pero qué duda cabe de que se trata de diálogos muy limitados que se asemejan mucho más a las discusiones -o a las transacciones comerciales- que a los auténticos diálogos. En tales diálogos los participantes no están realmente dispuestos a cuestionar sus creencias fundamentales y, por tanto, lo único que hacen es negociar cuestiones secundarias como, por ejemplo, quién tiene más o menos armas nucleares, pero el hecho fundamental de la existencia de dos sistemas diferentes jamás ha sido seriamente cuestionado. Es como si se dicta por sentado que *ése* es un tema incuestionable y, en consecuencia, resulta irresoluble. Por ello este tipo de planteamientos no son serios, no son profundamente serios, como tampoco lo es gran parte de lo que solemos denominar «discusión», en el sentido de que hay demasiadas cosas incuestionables y no insociables de las que nadie quiere hablar. Eso, pues, también forma parte de nuestro problema.

Ahora bien, ¿por qué es necesario del diálogo? Si la gente lime dificultades para comunicarse aun en el seno de un pequeño grupo, qué no ocurrirá en un grupo de unas treinta cuarenta personas, a menos que haya un propósito definido o que alguien se encargue de encauzarlo. Esto es así porque cada uno de los participantes sostiene creencias y opiniones diferentes. Y no se trata de creencias superficiales sino de creencias *básicas*, creencias que giran en torno a cuestiones realmente fundamentales como, por ejemplo, el sentido de la vida, los limpios intereses, los intereses de su país o los intereses religiosos, es decir, todo aquello que uno piensa que es importante.

Y es que la gente no suele tolerar fácilmente el cuestionamiento de sus creencias más profundas y suele defenderlas con mía gran carga emocional. En breve discutiremos este punto, pero veamos antes un ejemplo a este respecto. Hace un tiempo organizamos un diálogo en Israel y, en un determinado mo-

mento, comenzamos a hablar de política. Alguien dijo entonces, de pasada y sosegadamente: «El principal obstáculo, en este sentido, es que el sionismo está obstaculizando las relaciones entre árabes y judíos». En ese mismo momento, uno de los participantes no pudo contenerse y, levantándose de golpe, replicó conmocionado, con el rostro congestionado por la ira y los ojos casi fuera de sus órbitas: «¡Sin la existencia del sionismo este país ya se hubiera disgregado en mil pedazos!».

¿Qué podemos hacer nosotros en una situación como ésta en la que las personas sostienen creencias fundamentales tan irreconciliables? Porque es evidente que este tipo de creencias son las que dan lugar a los problemas políticos que azotan a nuestro mundo. Y el caso que estoy describiendo es relativamente más sencillo que algunas de las creencias habituales del campo de la política. El hecho es que albergamos todo tipo de creencias, no sólo creencias políticas, económicas y religiosas sino también creencias sobre lo que pensamos que debería hacer un individuo, sobre el significado de la vida, etcétera.

También podríamos denominar «opiniones» a las creencias. La palabra «opinión» tiene diversas acepciones, pero una opinión es fundamentalmente una suposición. Cuando un médico, por ejemplo, expresa su opinión, está manifestando la mejor suposición que puede hacer basándose en las evidencias de que dispone. Tal vez entonces, si se trata de un buen médico y no se empeña en defender su postura, agregue: «Pero, como no estoy completamente seguro, lo mejor será que busquemos una segunda opinión». Y, en el caso de que esta segunda opinión discrepe de la suya, no reaccionará enfurecido -como lo hizo quien saltó ante el comentario sobre el sionismo- diciendo: «¿Cómo se atreve usted a decir eso?». Este tipo de opinión sería un buen ejemplo de una opinión racional pero, lamentablemente, la mayor parte de las opiniones no caen dentro de esta categoría sino que son defendidas a capa y espada porque la persona se halla identificada con ellas y tiene demasiados intereses a ese respecto.

El hecho es que el diálogo no sólo está sometido a la presión de nuestras creencias sino también de todo lo que se encuentra *detrás* de ellas.

### ***El diálogo y el pensamiento***

Es importante que nos demos cuenta de que nuestras opiniones son el resultado del pensamiento pasado, de todas nuestras experiencias, de lo que otras personas han dicho o han dejado de decir. Y todo eso se halla inscrito en el programa de nuestra memoria. Podemos, pues, identificarnos con esas opiniones y reaccionar para defenderlas, aunque tal cosa carezca de sentido porque, si nuestra opinión es correcta, no necesitamos de tal reacción y ¿para qué habríamos de defenderla si estuviéramos equivocados? Sin embargo, cuando nos identificamos con nuestras creencias, no nos queda más remedio que defenderlas porque, en tal caso, experimentamos el ataque a nuestras creencias como una agresión personal. En tal caso, las opiniones tienden a ser experimentadas como «verdades», aunque sólo sean creencias sostenidas por usted y su entorno. Puede tratarse de creencias que nos ha transmitido un profesor, la familia, alguna lectura o lo que fuere pero, por una u otra razón, nos hemos identificado con ellas y nos sentimos en la obligación de defenderlas.

El verdadero objetivo del diálogo es el de penetrar en el proceso del pensamiento y transformar el proceso del pensamiento colectivo. Cierto, no hemos prestado mucha atención al pensamiento como proceso. Hemos *participado* del pensamiento y hemos prestado atención al contenido, pero no al proceso. ¿Y por qué deberíamos prestar atención al proceso del pensamiento? Porque, en realidad, todo requiere atención y hasta si manejamos una máquina sin prestarle la atención debida, terminaremos estropeándola. El pensamiento también es un proceso y, en consecuencia, exige toda nuestra atención, de otro modo terminaremos utilizándolo inadecuadamente.

Veamos ahora algunos ejemplos de las dificultades del pensamiento. Una de ellas es la tendencia a la *fragmentación*. Todas las divisiones que hacemos se originan en el pensamiento, ya que el mundo, de hecho, es de una sola pieza. Somos nosotros quienes seleccionamos ciertas cosas, las separamos de otras y terminamos dando importancia a esa separación. Es nuestro pensamiento el que establece las fronteras entre las naciones y el que otorga una importancia suprema a esa separación. También es nuestro pensamiento el que divide a las religiones y el que establece las diferencias existentes en el seno de la familia. La estructura de la familia se debe a la forma en que pensamos sobre ella.

La fragmentación, una de las dificultades fundamentales del pensamiento, se asienta en una raíz más profunda porque, aunque creamos que no estamos haciendo nada en especial y que simplemente estamos describiendo las cosas como son, el hecho es que el proceso de nuestro pensamiento es muy activo. Casi todo lo que nos rodea, casi todo lo que podemos mencionar – los edificios, las fábricas, las granjas, los caminos, las escuelas, las naciones, la ciencia, la tecnología, la religión, etcétera – ha sido creado por el pensamiento. El problema ecológico que asola a nuestro mundo se debe al pensamiento, porque creemos que el mundo está aquí para explotarlo, creemos que es inagotable y que podemos hacer todo lo que queramos porque la contaminación terminará diluyéndose.

Cuando nos damos cuenta de la existencia de un «problema», la polución, el dióxido de carbono o lo que fuere, solemos decir: «Tenemos que resolver este problema». Pero el hecho es que la forma en que opera nuestro pensamiento está *generando* de continuo no sólo ese problema concreto sino todo tipo de problemas. Si creemos que el mundo está a nuestro servicio seguiremos explotándolo de una u otra manera y no haremos más que trasladar el problema a otra parte. Y, si no afrontamos adecuadamente las cosas, tal vez solucionemos el problema de la contaminación pero terminemos generando otro. La inge-

nería genética, por ejemplo, puede solucionar determinados problemas, pero si la tecnología ordinaria genera tantos problemas, qué no ocurrirá si seguimos pensando del mismo modo con una tecnología tan sofisticada. Si no estamos suficientemente atentos, las personas terminarán recurriendo a la ingeniería genética para llevar a cabo cualquiera de sus más desbo-cadas fantasías.

El hecho es que el pensamiento -aunque afirme que no ha estado activo- tiene sus efectos y que algunos de ellos son muy importantes y valiosos. El pensamiento, por ejemplo, dio lugar a las naciones y otorga un valor supremo al concepto de nación. Y lo mismo podríamos decir con respecto a la religión. Pero todo ello interfiere con la libertad de pensamiento porque el pensamiento de que la nación es lo más importante nos condicionará a seguir pensando del mismo modo. En tal caso, haremos todo lo posible para que todo el mundo piense lo mismo que nosotros sobre la nación, la religión, la familia o cualquier otra cosa a la que atribuyamos un valor supremo. Y además pondremos también todo nuestro empeño en defenderlo.

Pero no es posible defender algo sin *pensar antes en la defensa* y, para ello, tendremos que dejar de lado todos aquellos pensamientos que pongan en tela de juicio lo que tanto deseamos defender, lo cual puede conducir fácilmente al autoengaño, a eludir muchas cosas diciendo que son incorrectas, a distorsionar otras, etcétera. El pensamiento defiende con uñas y dientes sus creencias fundamentales ante cualquier evidencia de que pueda estar equivocado.

Así pues, para hacer frente a esta situación, que se origina en el pensamiento, debemos prestar mucha atención al proceso del pensamiento. Normalmente, cuando tenemos un problema solemos decir: «Tengo que pensar en la forma de resolverlo», pero lo que yo estoy diciendo es que *el pensamiento mismo es el problema*. ¿Qué es, pues, lo que, en tal caso, deberíamos hacer? Convendría comenzar considerando la existencia de dos tipos de pensamiento, el pensamiento individual y el pensamien-

to colectivo. Es cierto que, individualmente, puedo pensar en varias cosas, pero la mayor parte de nuestro pensamiento procede de nuestro sustrato colectivo. El lenguaje es colectivo y también lo son la mayoría de nuestras creencias básicas (incluidas las creencias sobre el funcionamiento de nuestra sociedad, sobre la forma en que se supone que deben ser las personas, las relaciones, las instituciones, etcétera). Debemos, por tanto, prestar atención tanto al pensamiento individual como al pensamiento colectivo.

En el diálogo, las personas procedentes de sustratos distintos suelen sostener creencias y opiniones fundamentalmente diferentes. Es muy probable que, en el seno de cualquier grupo, descubramos opiniones y creencias muy dispares de las que no siempre somos conscientes. Se trata, en suma, de una cuestión cultural, porque toda cultura -y también toda subcultura (que varía en función del grupo étnico, la situación económica, la raza, la religión y muchos otros factores)- se basa en una serie de creencias y opiniones. Es comprensible, pues, que las personas procedentes de culturas, o subculturas, diferentes sostengan opiniones y creencias también distintas, y que, aunque no las comprendan plenamente, tiendan a reaccionar defensivamente ante cualquier evidencia de que son erróneas o simplemente a defenderlas ante cualquier opinión adversa.

Pero si defendemos de ese modo nuestras opiniones, el diálogo resultará imposible. Con excesiva frecuencia solemos defender nuestras opiniones sin que ésa sea siquiera nuestra intención conscientes. Tal vez, en determinadas ocasiones, podamos ser conscientes de estar defendiendo una creencia, pero lo cierto es que la mayor parte de las veces lo hacemos sin apenas darnos cuenta de ello y simplemente sentimos que se trata de algo tan evidente que no podemos por menos que tratar de convencer a la persona que tan estúpidamente disiente de nosotros.

Ahora bien, lo que nos parece la cosa más natural del mundo, nos parecerá también inevitable, pero no tardaremos en darnos cuenta, si nos detenemos a reflexionar al respecto, de

que realmente no es posible organizar una buena sociedad sobre esa base. Ésa, al menos, es la forma en la que supuestamente funciona la democracia. Pero lo cierto es que no es así, porque el hecho de defender una opinión aboca a una lucha de opiniones en la que quien gana no es quien más razón tiene -puesto que incluso puede darse el caso de que todo el mundo esté equivocado- sino quien más poder ostenta. Así pues, cuando tratamos de hacer las cosas juntos no siempre las hacemos del mejor modo posible.

El problema se presenta cuando las personas se agrupan para dialogar o cuando los legisladores, los hombres de negocios o quien fuere, tratan de hacer algo en común. Si intentamos trabajar en equipo no tardaremos en darnos cuenta de que cada uno de nosotros tiene creencias y opiniones diferentes y de que las cosas no resultan tan fáciles como creíamos y empiezan a complicarse. De hecho, hay quienes se encuentran con este problema en las grandes empresas, donde los altos ejecutivos pueden sustentar opiniones diferentes y, en consecuencia, no pueden trabajar en equipo. Y si la empresa no es eficaz, comienza a perder dinero y a venirse abajo.

Hay personas que intentan formar grupos para que los altos ejecutivos puedan trabajar en equipo, una alternativa que resultaría muy adecuada también en el mundo de la política. Tal vez sean las personas religiosas las que más dificultades tengan para colaborar entre sí, porque las creencias religiosas son tan poderosas que desconozco la existencia de ningún caso en el que, una vez que ha surgido la menor divergencia, los distintos grupos o subgrupos religiosos implicados hayan podido seguir juntos. Las distintas iglesias cristianas, por ejemplo, han hablado muchas veces de reconciliación pero jamás han terminado de lograrlo, hablan y parecen aproximarse un poco, pero jamás terminan de integrarse. Así pues, aunque hablen de unión, de unidad, de amor y todo eso, las creencias son más poderosas que sus intenciones conscientes. Y, a pesar de la sinceridad de algunos de esos intentos, las cosas no parecen tan sencillas.

Los científicos también se encuentran en la misma situación. Cada uno puede mantener un punto de vista diferente sobre la verdad, pero no pueden alcanzar esa misma perspectiva en conjunto. O tal vez sea que tienen intereses diferentes. Un científico, por ejemplo, que trabaje para una compañía que contribuya a la contaminación ambiental, puede tener interés por demostrar que la contaminación no es, a fin de cuentas, tan peligrosa. Y lo mismo puede ocurrir, por cierto, con otro científico que tenga interés por demostrar que la contaminación *es* peligrosa. Tal vez exista, en algún lugar, un científico neutro que aborde objetivamente el tema.

Se supone que la ciencia se ocupa de la verdad y de los hechos y que la religión se dedica a otro tipo de verdad y al amor. Pero nuestras creencias y nuestros intereses lo impregnan todo y, sin el menor ánimo de juzgar a nadie, debemos decir que las creencias y las opiniones son como programas de ordenador en la mente de las personas, programas que tienen sus propias intenciones y que pueden asumir una dirección opuesta a la de la mejor de nuestras intenciones.

Podríamos decir, pues, que un grupo de entre veinte y cuarenta personas, que sostienen creencias y opiniones muy distintas, constituye casi un microcosmos del conjunto de la sociedad. Es posible tener un diálogo con otra persona -o con dos, tres o cuatro- o incluso dialogar con uno mismo, sopesando todas las opiniones sin decidirse por ninguna de ellas. Un grupo demasiado pequeño, sin embargo, no funciona muy bien porque, cuando cinco o seis personas se reúnen, suelen evitar todo aquello que pudiera molestar a los demás y, de este modo, conseguir un «ajuste cómodo». Es muy fácil que, en un grupo pequeño, la gente se muestre comedida y eluda los temas conflictivos. Además, cuando en un grupo tan pequeño *surge* un enfrentamiento, resulta muy difícil resolverlo y el grupo suele terminar estancándose. Un grupo mayor, por su parte, puede comenzar muy comedidamente pero, al cabo de un tiempo, no resulta tan fácil seguir esquivando los temas conflictivos. Es

como si, en un grupo de menos de veinte personas, la gente se diera fácilmente cuenta de los puntos candentes que debe evitar y pudiera tenerlo en consideración, mientras que, en un grupo de unas cuarenta o cincuenta personas, tal cosa resultase mucho más difícil.

Así pues, cuando el grupo supera las veinte personas comienzan a ocurrir cosas muy interesantes. Cuarenta personas son muchas para disponerlas adecuadamente en círculo, pero pueden agruparse en dos círculos concéntricos. En tal grupo, no tardará en advertirse la presencia de lo que podríamos denominar una «microcultura», porque hay suficiente gente procedente de subculturas diferentes como para llegar a configurar un microcosmos de toda la cultura. Es entonces cuando comenzamos a adentrarnos en la cuestión de la cultura, el significado que compartimos colectivamente, algo crucial y sumamente poderoso, porque el pensamiento colectivo es más poderoso que el pensamiento individual. Como ya hemos visto, el pensamiento individual es, en gran medida, el resultado del pensamiento colectivo y de nuestra interacción con los demás. El lenguaje, por ejemplo, es algo colectivo y lo mismo ocurre con la mayor parte de nuestros pensamientos. Todo el mundo hace su contribución al pensamiento, pero lo cierto es que son pocos los que llegan a transformarlo.

El poder de un grupo es muy superior al de las personas que lo componen. En algunas ocasiones he llegado a compararlo con el poder del láser. La luz ordinaria es «incoherente» en el sentido de que, en ella, el haz de fotones se mueve en todas direcciones y las ondas luminosas se hallan desfasadas. Pero el láser, por su parte, produce un rayo de luz coherente tan intenso -porque las ondas luminosas se dirigen en la misma dirección- que puede hacer cosas imposibles para la luz ordinaria.

Así podríamos decir también que funciona el pensamiento ordinario de nuestra sociedad, un pensamiento «incoherente» porque se dirige en todas direcciones y los pensamientos contradictorios terminan anulándose entre sí. Pero, en mi opinión,

si las personas pensarán en conjunto de un modo «coherente», ese pensamiento tendría un poder inmenso. Si mantenemos una situación de diálogo -un grupo que dialogue lo suficiente como para conocerse bien unos a otros- podríamos lograr ese movimiento coherente del pensamiento y de la comunicación. Y sería coherente no sólo a un nivel fácilmente reconocible, sino también -y esto es lo más importante- a un *nivel tácito*, a un nivel del que sólo tenemos una vaga sensación.

Lo «tácito» es lo inexpresable, lo que no puede ser descrito, como, por ejemplo, el conocimiento necesario para ir en bicicleta. Se trata de un conocimiento *real*, de un conocimiento que puede ser coherente o puede no serlo. En mi opinión, el pensamiento es, en realidad, un proceso tácito sutil, un proceso concreto sumamente tácito. El significado es esencialmente tácito y lo que expresamos constituye tan sólo una mínima parte de él. No es difícil comprender que casi todo lo que hacemos se deriva de este tipo de conocimiento tácito. El pensamiento emerge de un sustrato tácito y cualquier cambio fundamental en el pensamiento procede de ahí, de modo que, si nos comunicamos a nivel tácito, tal vez podamos cambiar nuestro pensamiento.

El proceso tácito es común y compartido. Y no sólo compartimos la comunicación explícita, el lenguaje corporal y demás, sino que también compartimos un proceso tácito común mucho más profundo. Creo que la especie humana supo esto hace millones de años y ha terminado olvidándolo tras cinco mil años de civilización porque nuestras sociedades se han tornado demasiado grandes como para poder llevarlo a cabo. Pero hoy en día hemos comenzado a experimentar la urgente necesidad de comunicarnos y recuperar esa faceta. Para poder actuar de manera inteligente cuando sea necesario tenemos que compartir nuestra conciencia y ser capaces de pensar en conjunto. Si nos damos cuenta de lo que sucede en el diálogo de un grupo comprenderemos la esencia de lo que ocurre en nuestra sociedad. Y esto es algo que no podemos apreciar a solas ni tampoco en el contexto de un diálogo con otra persona.

## ***Cómo dialogar***

Es fundamental que, para dialogar, la gente se siente en círculo, una disposición geométrica que, sin favorecer a nadie, permite, sin embargo, la comunicación directa entre todos los participantes. En principio, el diálogo debería funcionar sin la presencia de ningún líder y sin recurrir a ningún tipo de agenda. Es evidente que estamos acostumbrados a los líderes y a las agendas, de modo que es muy probable que, si comenzamos sin líder, sin programa y sin objetivo, experimentemos la ansiedad de no saber qué vamos a hacer. Así pues, una de las primeras cosas que deberemos hacer es hacer frente a la ansiedad. La experiencia ha demostrado que, si la gente permanece en esa situación durante una hora o dos, termina superando la ansiedad y comienza a hablar con más libertad.

Tal vez resulte útil tener un moderador que mantenga el curso del encuentro, vigile el tiempo y resuma, de tanto en tanto, lo que está ocurriendo. Pero, para que tal cosa funcione, no debería llevarse a cabo como si se tratara de un trabajo aunque, claro está, tal ocupación pueda requerir tiempo. También puede ocurrir que las personas tengan que reunirse regularmente (de manera semanal, quincenal o como fuere) durante uno o varios años. Durante ese período, todo lo que hemos señalado irá apareciendo y las personas aprenderán a depender cada vez menos de la figura del moderador (eso es, al menos, lo que se pretende). La sociedad afirma que no podemos funcionar sin líderes, pero, en mi opinión esto quizá no sea más que una creencia. Se trata, por supuesto, de un experimento y no podemos garantizar cuál será el resultado que obtengamos. Eso precisamente es lo que ocurre cuando uno se embarca en una aventura, tiene en cuenta la evidencia, considera cuál es la mejor idea, cuáles son sus teorías al respecto y finalmente se lanza a la aventura.

Al comienzo de un diálogo no convendría prestar atención a los problemas y las cuestiones personales. Es posible que tal posibilidad pueda presentarse en el caso de que la gente persevere

en el diálogo durante semanas o incluso durante meses. A fin de cuentas, todo puede formar parte del diálogo, pero sería recomendable que la gente comenzara conociéndose y confiara lo suficiente en los demás como para poder establecer una relación basada en la colaboración. Sería excesivo tener la esperanza de comenzar en ese punto. Y, de hecho, un problema personal puede no ser importante aunque, en el caso de que alguien tuviera algún problema personal, el grupo podría llegar a considerarlo. No hay razón alguna para no hacerlo así, aunque insisto en que, en mi opinión, no deberíamos comenzar con ello, al menos no como regla general. *Hay que tener en cuenta que el grupo no es una cuestión personal sino cultural*, aunque la dinámica del grupo pueda también hacer frente a las cuestiones personales porque los problemas personales y los culturales se hallan entremezclados.

Es importante comprender que el diálogo grupal no es una terapia de grupo y que no estamos intentando curar a nadie, aunque tal cosa pueda llegar a ocurrir como una especie de efecto secundario. Pero el hecho es que ése no es nuestro objetivo. El doctor Patrick de Mare, un amigo que ha participado en este tipo de grupos, no los califica como terapia individual sino como «socioterapia». El grupo constituye un microcosmos de la sociedad, de modo que la «cura» del grupo -o de alguno de sus participantes- puede suponer el comienzo de una cura a gran escala. Y, aunque tal vez pudiéramos considerarlo así, se trataría, a mi juicio, de una visión limitada. Nuestra intención no es formar un «grupo de encuentro», el entorno terapéutico adecuado para que la gente exteriorice sus emociones. Sin embargo, aunque ése no sea nuestro objetivo, tampoco estamos diciendo que debemos impedir la presencia de las emociones, pues el enfrentamiento emocional suele sacar a la luz nuestras creencias más profundas. A lo largo del diálogo las personas deberían hablar directamente entre sí, cara a cara y sin salirse del círculo. De este modo llegará un momento en el que, si nos conocemos y tenemos la suficiente confianza mutua, podre-

mos hablar directamente a todo el grupo o a cualquiera de sus integrantes.

Hace tiempo que un antropólogo vivió una larga temporada con una tribu de indios norteamericanos. Era un pequeño grupo del tamaño que estamos considerando. Los grupos de cazadores-recolectores han vivido en grupos de unas veinte a cuarenta personas, mientras que las comunidades agrícolas son mucho mayores. Esa tribu se reunía de tanto en tanto en círculo y hablaban, hablaban y seguían hablando sin ningún propósito aparente. No tomaban decisiones, carecían de líder y todos participaban por igual. Es cierto que había ancianos y ancianas sabios que eran escuchados con algo más de atención que el resto, pero todo el mundo podía hablar. La reunión proseguía hasta que, en un determinado momento, se detenía sin motivo aparente y se dispersaba. Sin embargo, se conocían muy bien y todo el mundo parecía saber bien qué tenía que hacer. Luego, en ocasiones, se reunían en grupos más pequeños y hacían o decidían algo en conjunto.

Es esencial que, en el diálogo grupal, no tengamos que decidir nada puesto que, de otro modo, no somos libres. Debemos disponer de un espacio vacío, abierto y libre en el que no tengamos la obligación de hacer nada, de llegar a ninguna conclusión, de decir o dejar de decir nada. La palabra «vacación» tiene la acepción de espacio vacío, algo, por cierto, opuesto al término «ocupación». Debemos disponer de un espacio vacío en el que quepa cualquier cosa y después de terminar, volvemos a vaciarlo, sin tratar de acumular nada. Ése es uno de los puntos fundamentales de un diálogo. Como Krishnamurti solía decir, «para poder contener algo, la taza debe hallarse vacía».

Afirmar que no tenemos ningún objetivo predeterminado, ningún propósito absoluto, no es una imposición arbitraria. Tal vez podamos establecer objetivos puntuales, pero no tenemos que atarnos a ellos ni mantenerlos por tiempo indefinido. Aunque compartamos el interés de que la especie humana sobreviviera, tampoco es tal nuestro objetivo. Nuestro objetivo, si queremos llamarlo así, es comunicarnos de manera coherente.



Podríamos afirmar que nuestra cultura suele reunirse en grupos grandes por dos razones fundamentales, para divertirse y para realizar un trabajo útil. El diálogo del que estoy hablando, sin embargo, no trata de cumplir ninguna agenda ni tampoco apunta a realizar ninguna actividad particularmente útil. Porque cualquier intento de alcanzar un propósito u objetivo útil se asienta necesariamente en una creencia de lo que es útil, y esa creencia termina limitándonos. Personas distintas tienen ideas diferentes sobre lo que es útil, y eso no hace más que ocasionar problemas. Podríamos, por ejemplo, decir: «¿Queremos salvar al mundo? ¿Queremos poner en marcha una escuela? ¿Queremos hacer dinero?». Cualquiera de estas opciones es posible. Ése también es uno de los problemas de los diálogos corporativos. ¿Renunciarán a la noción de que están ahí fundamentalmente para sacar un provecho? Si pudieran hacerlo, esto supondría una auténtica transformación de la humanidad. Creo que muchos ejecutivos se sienten infelices y realmente quieren hacer algo no sólo para salvar a su empresa. Del mismo modo que nosotros, ellos también se sienten desdichados ante la situación general del mundo. No todo el mundo está interesado en hacer dinero y sacar provecho de las situaciones.

En los comienzos de un grupo de diálogo, la gente suele dar vueltas en torno a los temas sin entrar en ellos. En cualquier tipo de relación humana, la gente tiene una forma de no afrontar directamente las cosas. Hablan y hablan sin entrar en el tema como una forma de evitar las dificultades, un hábito que probablemente se presente también en el diálogo grupal, aunque vaya debilitándose si persistimos lo suficiente. Recuerdo cierto diálogo en el que una persona dijo: «¿Podría, ahora que estamos hablando de filosofía, leer algo que he traído a este respecto?». Y alguien respondió: «No». Al comienzo parecía un pequeño desastre pero el hecho es que funcionó.

Todo tiene que ser trabajado. La gente acude al grupo con creencias e intereses diferentes. Tal vez al comienzo sea necesaria una fase de negociación, un estadio preliminar del diálogo,

porque si la gente sustenta enfoques diferentes, deben comenzar negociando hasta encontrar una forma común de proceder. Pero ése no es el fin del diálogo, sino únicamente su principio, porque si nos limitamos sólo a negociar no conseguiremos avanzar demasiado.

Buena parte de lo que hoy en día se considera diálogo tiende a focalizarse en la negociación pero, como acabamos de decir, ése no es más que un estadio preliminar. La gente no suele estar preparada para abordar los puntos más profundos y todo lo que pueden hacer al comienzo es revisar y negociar lo que creen que es un diálogo. La negociación consiste en llevar a cabo los ajustes necesarios que permitan decir: «Comprendo su punto de vista y veo lo importante que es para usted. Encontremos una vía que resulte satisfactoria para ambos. Yo cederé un poco en esto, usted cederá un poco en aquello y tal vez entonces podamos sacar algo en claro». Es cierto que no se trata de una relación muy profunda pero, en cualquier caso, es el primer paso para lograrlo.

El hecho es que las personas podrían iniciar grupos de diálogo en lugares muy diversos. El objetivo no consiste en identificarse con el grupo, sino que lo realmente importante es llegar a relacionarse con la totalidad del proceso. Y, aunque pueda decirse «este grupo es verdaderamente maravilloso», lo que realmente cuenta, sin embargo, es el proceso.

Creo que cuando seamos capaces de mantener un diálogo de este tipo, descubriremos que los participantes van experimentando un cambio que puede evidenciarse fuera del contexto del diálogo y llegar incluso a difundir esa actitud. Es como la metáfora bíblica de las simientes, algunas de las cuales caen en un erial mientras que otras lo hacen en terreno fértil y germinan. No podemos determinar con claridad el lugar o la forma en que el diálogo florecerá. En cualquier caso, la semilla de este cambio es el tipo de pensamiento y de comunicación del que estamos hablando. Pero, a pesar de ello, no tenemos la menor garantía de que estos grupos terminen funcionando y no debe-

riamos sorprendernos, en consecuencia, de que muchos de ellos fracasasen.

El asunto no consiste en crear un grupo de diálogo permanente -porque si tratamos de mantener un grupo más tiempo de la cuenta, podemos caer de nuevo en el hábito-, sino en establecer uno que dure el tiempo suficiente como para propiciar un cambio. Insisto, no obstante, en que hay que mantenerlo el tiempo suficiente, porque de lo contrario no servirá para nada. Es importante, como ya he dicho, que el grupo persevere durante uno o dos años y que se reúna periódicamente. Cuando mantenemos un grupo el tiempo suficiente, comenzarán a aparecer los problemas y no podremos evitar que las creencias más profundas de los participantes afloren a la superficie. En tal caso aparecerán también la frustración, la confusión, el desencanto y la carga emocional. Es muy probable, por ejemplo, en este sentido, que la persona que hemos citado anteriormente con respecto a las creencias sobre el sionismo quisiera ser muy educada, pero lo cierto es que cuando alguien dijo algo que le enfureció, no pudo seguir controlando su respuesta y montó en cólera. Porque el hecho es que, cuando nos aferramos a nuestras creencias más profundas, éstas terminan saliendo a la superficie, pero cuando nos damos cuenta de lo que nos lleva a aferrarnos a ellas, ocurren cosas completamente nuevas.

Obviamente, el diálogo no siempre es divertido ni provechoso. En consecuencia, podemos tender a abandonarlo en cuanto aparezcan las dificultades. En mi opinión, sin embargo, es sumamente importante seguir adelante y perseverar más allá de las posibles frustraciones. Cuando creemos que algo es importante, no dudamos en llevarlo a la práctica. Nadie, por ejemplo, escalaría el Everest a menos que, por alguna razón, lo considerase importante, puesto que no siempre resulta divertido e incluso puede llegar a ser muy frustrante. Y lo mismo es aplicable también al caso de ganar dinero o a cualquier otro tipo de actividad. Cuando uno siente, en suma, que algo es necesario, simplemente lo lleva a cabo.

Yo creo que necesitamos aprender a compartir los significados. Una sociedad es una red de relaciones entre personas e instituciones que posibilita la vida comunal. Pero eso sólo funcionará si compartimos una *cultura*, es decir, una serie de significados, valores y objetivos porque, de lo contrario, no habrá integración posible. Nuestra sociedad no es coherente y hace mucho tiempo que no cumple adecuadamente esta función, si es que alguna vez lo hizo. Las creencias que sostenemos influyen *tácitamente* sobre el significado global de lo que hacemos.

### *Suspender las creencias*

Lo que estoy diciendo es que las personas llevan consigo sus creencias a los grupos, que esas creencias terminarán por salir a la superficie y que no hay que tratar de evitarlas ni suprimirlas -sin creer ni dejar de creer en ellas, sin juzgarlas como buenas o malas- sino sólo *ponerlas en suspenso*. Es frecuente que, cuando nos sintamos enojados, reaccionamos externamente y lleguemos incluso a decir algo desagradable. Supongamos, no obstante, que en lugar de hacer tal cosa, tratamos de poner en suspenso nuestra reacción, es decir, no sólo dejar de agredir externamente, de una u otra forma, a la persona con quien nos hayamos enojado, sino atajar incluso cualquier tipo de insulto *interno*. De modo que también es necesario interrumpir nuestra reacción interna, distanciarnos de ella y observarla, dejándola suspendida frente a nosotros y observándola como si se tratara del reflejo que nos devuelve un espejo. De este modo, podemos llegar a ver cosas que no podríamos percibir en el caso de haber dado rienda suelta al enfado o de haber tratado de suprimirlo diciéndonos cosas tales como, por ejemplo, «no estoy enfadado» o «no debiera estar enfadado».

De esta manera, el grupo puede terminar convirtiéndose en el espejo en el que se refleja cada uno de los participantes. Nosotros servimos de espejo a los demás y ellos se convierten en el

nuestro. Abordar este proceso globalmente resulta muy útil para tomar conciencia de lo que está ocurriendo, ya que entonces podemos comprobar que todo el mundo se halla en la misma situación.

Es necesario advertir la relación existente entre los pensamientos, las sensaciones corporales y las emociones que se presentan durante el diálogo. Si observamos detenidamente el lenguaje corporal y el lenguaje verbal, podremos constatar que todo el mundo se halla en la misma situación... sólo que, a veces, en lados opuestos. El grupo puede llegar incluso a polarizarse en subgrupos abiertamente enfrentados. Y conviene subrayar que no se trata tanto de suprimir este enfrentamiento como de permitir que aflore a la superficie.

Por consiguiente, uno simplemente observa el significado de las creencias y reacciones tanto propias como ajenas. Nuestra intención no es cambiar la opinión de nadie, aunque tal vez, cuando la reunión haya concluido, alguien pueda haber cambiado de opinión. Esto forma parte precisamente de mi visión del diálogo, que la gente se dé cuenta de lo que hay en su propia mente y en la mente de los demás sin adelantar ningún tipo de conclusión o de juicio. Las creencias terminan aflorando a la superficie y, si escuchamos que alguien sostiene una opinión que parece amenazarnos, nuestra respuesta natural suele ser enfadarnos, desasosegarnos o reaccionar de una u otra manera. Tal vez ni siquiera sepamos que sostenemos una determinada creencia; por eso, cuando ponemos en suspenso nuestras reacciones podemos darnos cuenta de su presencia por el efecto que provoca en nosotros una creencia opuesta que experimentamos amenazadoramente. Debemos, pues, suspenderlas todas y observarlas detenidamente para averiguar su significado.

Es preciso advertir nuestras propias reacciones de hostilidad, o lo que fuere, y ver también, a través de su comportamiento, cuáles son las reacciones de los demás. Así es como podemos llegar a descubrir, por ejemplo, en el caso del enojo, que el clima de la reunión va caldeándose. Si tal cosa ocurre, quienes no

estén completamente atrapados en sus opiniones particulares deberían tratar de reducir la tensión para que todo el mundo pudiera darse cuenta de lo que está sucediendo y desarticular, de ese modo, una escalada que puede terminar imposibilitando la observación. El secreto está en mantenerse en un nivel en el que las opiniones puedan expresarse manteniendo, sin embargo, la posibilidad de observarlas. Entonces estaremos en condiciones de darnos cuenta de que la hostilidad de los demás estimula la nuestra. La suspensión, pues, forma parte integral del proceso de observación y nos permite familiarizarnos con el modo en que opera nuestro pensamiento.

### ***El impulso de la necesidad***

Hemos hablado del diálogo, del pensamiento, de la importancia de prestar atención a la totalidad del proceso -y no sólo al contenido de los diferentes puntos de vista y opiniones- y del modo de dar coherencia a todo eso. También hemos mencionado la forma en que todo este proceso influye sobre nuestros sentimientos y estados corporales y la forma en que afecta a los demás. El desarrollo de la capacidad de escuchar, observar y prestar atención al proceso real del pensamiento, al orden en que ocurre y advertir su incoherencia, es decir, aquellos puntos en los que no funciona adecuadamente, resulta de capital importancia. *No se trata, pues, de cambiar nada, sino simplemente de ser conscientes. Es posible advertir la similitud existente entre las dificultades que aparecen dentro del grupo y los conflictos y pensamientos contradictorios que tienen lugar en el interior del individuo.*

En la medida en que hagamos esto, iremos descubriendo que ciertos tipos de pensamiento desempeñan un papel más importante que otros y que, de entre todos ellos, destaca la creencia en la *necesidad*. Lo que es necesario sólo puede ser de un modo y no puede ser de otro. Es interesante señalar que el término «ne-

cesario» procede de la raíz latina *necesse*, que significa «lo que no cede», y que su significado etimológico es el de «aquello que no puede ser evitado». El modo habitual en que solemos afrontar nuestras dificultades es el de alejarlas de nosotros o el de alejarnos nosotros de ellas pero, cuando aparece una situación insoslayable, no podemos evitarla pese a nuestra necesidad, también insoslayable, de dejarla de lado. Entonces nos sentimos frustrados, porque ambas necesidades son absolutas y nos hallamos ante una situación apremiantemente conflictiva. Es frecuente, por ejemplo, el caso en el que no podamos soslayar nuestra opinión ni la de otra persona y lleguemos incluso a sentir que esta última opera en nuestro interior oponiéndose a nosotros, generando, de este modo, un estado de conflicto.

La necesidad da lugar a impulsos irrefrenables. Una vez que sentimos que algo es necesario, se suscita en nosotros el impulso a hacer o dejar de hacer algo. Y este impulso puede llegar a ser tan poderoso que uno se sienta compelido a hacer algo. La necesidad es una fuerza tan poderosa que puede terminar superando incluso a los instintos, como ocurre, por ejemplo, cuando la gente actúa en contra del instinto de supervivencia individual. Todos los conflictos que aparecen en un diálogo -tanto a nivel individual como a nivel colectivo (y este matiz es importante)-, giran en torno a la noción de necesidad. Todas las controversias serias, ya sea en el seno de la familia o de un grupo de diálogo, son versiones diferentes de lo que creemos que es *absolutamente necesario*. Porque, a menos que asuma esa forma, siempre es posible negociar, decidir cuáles son las prioridades y adaptarse a ellas. Pero el camino de la negociación se cierra cuando dos cosas se presentan como necesidades absolutas. Cuando dos naciones dicen «tal cosa es absolutamente necesaria», por ejemplo, se cierra cualquier posible vía de acuerdo entre ellas.

¿Qué podemos, pues, hacer cuando aparece un enfrentamiento entre dos necesidades absolutas? Lo primero que debemos tener en cuenta es que existe una tremenda carga emocio-

nal y, como decíamos anteriormente, pueden surgir sentimientos muy intensos de enojo, rechazo, frustración, etcétera. Nada podrá cambiar la presencia de una necesidad absoluta porque, de una forma u otra, la persona creerá que tiene una razón válida para aferrarse a ella o para odiar a quienes parecen interponerse en el camino de lo que le parece absolutamente necesario. «Son tan obstinados y estúpidos que se niegan a ver la evidencia», «es lamentable que tengamos que matarlos pero es absolutamente necesario» para los intereses de mi país, de mi religión o de lo que fuere.

No es extraño, pues, que, en el curso del diálogo, afloren necesidades absolutas que choquen entre sí. La gente trata de eludir este tipo de cuestiones porque sabe que el problema radica precisamente ahí, pero es inevitable, si perseveramos en el diálogo, que, más pronto o más tarde, eso termine apareciendo. El asunto, entonces, es qué sucederá.

Ya hemos hablado anteriormente de lo que puede ocurrir cuando el diálogo prosigue y la gente va cambiando de actitud. En cierto momento podemos darnos cuenta de que todos estamos haciendo lo mismo y de que, mientras sigamos identificados con lo que se nos presenta como una necesidad absoluta, no podremos hacer nada. Son tantas las cosas que se ponen en peligro cuando nos aferramos a la noción de necesidad que tal vez pudiéramos comenzar a liberarnos de ello cuestionándolo. Este punto, en mi opinión, es crucial para renunciar al conflicto y poder adentrarnos creativamente en nuevas dimensiones.

Pero ¿qué es lo absolutamente necesario? El artista que se limita a seguir las necesidades ajenas será un artista mediocre. El verdadero artista compone su obra siguiendo sus propias necesidades. Para que una obra sea valiosa, los distintos elementos que la componen deben estar articulados siguiendo su propio orden de necesidad. La necesidad artística es creativa y en ella radica la libertad del artista que hace posible *la percepción creativa de nuevos órdenes de necesidad*. No seremos realmente libres hasta que no podamos hacer eso. Uno puede decir que hace lo

que le gusta y que sólo sigue el dictado de sus propios impulsos, pero éstos, como ya hemos visto, pueden originarse en la creencia de alguna necesidad absoluta, como ocurre, por ejemplo, cuando los países en conflicto afirman seguir el impulso de ir a la guerra y eliminar a quienes se interponen en su camino. Pero la libertad no consiste en dejarnos arrastrar por nuestros pensamientos y, en consecuencia, hacer lo que nos gusta rara vez conduce a la libertad, porque nuestros gustos están condicionados por nuestros pensamientos, y éstos, a su vez, se atienen a pautas predeterminadas. Tenemos, por tanto, la necesidad creativa -tanto a nivel individual como a nivel colectivo- de funcionar grupalmente de un modo nuevo. Todo grupo que tenga problemas deberá resolverlos creativamente y para ello no sirven las negociaciones y los acuerdos al viejo estilo.

Considero sumamente importante, pues, llegar a desenmascarar la creencia en las «necesidades imperiosas» en las que se asienta todo bloqueo.

### ***La propiocepción del pensamiento***

La propuesta de abordar el tema del diálogo prestando atención al pensamiento tal vez pueda parecer algo elemental, pero el hecho es que en él se asienta la raíz de nuestros problemas y también, por tanto, el camino que puede conducir a una transformación creativa.

Como ya hemos dicho anteriormente, lo que funciona mal en el pensamiento es que hace cosas y después dice que no las ha hecho y afirma que los «problemas» ocurren independientemente de él. Pero mientras sigamos pensando de ese modo el «problema» seguirá siendo insoluble porque estaremos suscitándolo de continuo. La única forma de desarticular los «problemas» consiste en dejar de pensar de ese modo. El pensamiento, en suma, debe tornarse consciente de sus consecuencias, algo que, por el momento, no ocurre. Estamos hablando, en

este sentido, de un concepto similar a la noción neurofisiológica denominado *propiocepción*, que significa «percepción de uno mismo». El cuerpo, por ejemplo, es capaz de percibir su propio movimiento, ya que, cuando nos movemos, nos damos cuenta de la relación entre nuestra intención y nuestra acción y entre el impulso a moverse y el movimiento mismo. Si careciéramos de propiocepción, el cuerpo no podría funcionar.

Conocemos el caso de una mujer que tenía dañado su sistema nervioso sensitivo —pero no así su sistema motor-, y que despertó súbitamente en medio de la noche creyendo que alguien la atacaba, pero que, cuando encendió la luz, se dio cuenta de que se estaba golpeando a sí misma. Como no tenía la posibilidad de saber que era ella quien se estaba golpeando, había creído erróneamente que alguien estaba agrediendo y, cuanto más trataba de defenderse de su supuesto «agresor», con más fuerza se agredía. En ausencia, pues, de propiocepción, no podemos percatarnos de la relación existente entre la intención de movernos y el resultado de nuestro movimiento, algo que sólo pudo recuperarse, en el caso que acabamos de mencionar, cuando se encendió la luz de la habitación.

¿Es posible que el pensamiento pueda tornarse propioceptivo? Por lo general, no somos conscientes de tener la intención de pensar. Pero uno piensa porque tiene la intención de hacerlo, una intención que se deriva, por otra parte, de la idea de que es necesario pensar porque existe un problema. Si prestamos la debida atención, sin embargo, podremos llegar a percibir la intención y el impulso que nos lleva a pensar; luego podremos darnos cuenta de la aparición de un pensamiento, que puede suscitar, a su vez, un sentimiento, que dé origen a una nueva intención de pensar, y así sucesivamente. Normalmente no somos conscientes de la existencia de todo este proceso y es por ello que parece que los pensamientos y los sentimientos brotaran de la nada. Pero ésta, al igual que ocurría en el caso de la mujer que recién comentábamos, es una interpretación errónea. Así pues, un determinado pensamiento puede dar lugar a un sentí-

miento desagradable del que poco después digamos que «he conseguido librarme»... pero el hecho es que el pensamiento sigue todavía operando, especialmente en el caso de que se trate de un pensamiento que nos parezca absolutamente necesario.

En realidad, los problemas que nos ocupan se originan precisamente en la falta de propiocepción. *El objetivo de la suspensión consiste en posibilitar la propiocepción, crear un espejo en el que podamos contemplar los resultados de nuestro pensamiento.* Se trata de algo que está en nuestro interior porque nuestro cuerpo actúa como un espejo que nos permite advertir las tensiones que aparecen en él. Pero los demás -el grupo- también son un espejo en el que podemos percibir nuestras propias intenciones, en cuyo caso, uno tiene el impulso que le lleva a decir algo e inmediatamente tiene la posibilidad de darse cuenta de las consecuencias de su acción.

Si prestáramos la atención debida, podríamos dar paso a un nuevo tipo de comunicación y de pensamiento -tanto interpersonal como intrapersonal- que fuera propioceptivo, algo que no es posible en el caos en el que suele desenvolverse habitualmente el pensamiento no propioceptivo. Podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la práctica totalidad de los problemas de la especie humana se originan en la ausencia de propiocepción del pensamiento. Es precisamente por ello que el pensamiento crea constantemente «problemas» y luego trata de resolverlos aunque, en tal caso, no hace más que empeorarlos porque no se percata de que es él mismo quien los está originando y de que, cuanto más piensa, más problemas crea, porque no se da cuenta de lo que hace. Si nuestro cuerpo careciera de propiocepción no tardaríamos en encontrarnos en una situación completamente insostenible y lo mismo ocurre en el caso de nuestra cultura. Éste es, pues, otro de los modos en los que el diálogo puede ayudarnos a poner en funcionamiento un nuevo tipo de conciencia colectiva.

## ***La participación colectiva***

Todo lo que estamos considerando forma parte del pensamiento colectivo, de aquello que la gente piensa en común. Si compartimos nuestras opiniones sin hostilidad seremos capaces de *pensar juntos*, algo imposible, por otra parte, cuando nos limitamos a defender nuestras opiniones. Un ejemplo de este tipo de pensamiento colectivo podría ser que alguien tuviera una idea, que otra persona la formulase y que una tercera terminase desarrollándola. No se trataría, en tal caso, de un grupo de personas que sustentan pensamientos diferentes tratando de persuadirse o de convencerse entre sí, sino que el pensamiento sería como una corriente que fluiría entre todos los participantes.

Al comienzo, la gente desconfía de los demás pero creo que, en la medida en que advierten la importancia del diálogo, perseveran en él, van conociéndose y empiezan a confiar entre sí. Este proceso, evidentemente, puede llevar su tiempo. Todo grupo de estas características es un microcosmos de la sociedad, en el sentido de que engloba todo tipo de opiniones y de que todo el mundo desconfía de los demás. Es natural, por tanto, que, cuando uno se integre en un grupo, porte consigo todos los problemas de la cultura y de la sociedad. Al comienzo, pues, la desconfianza hace que la gente hable de forma un tanto superficial y luego, en la medida en que van conociéndose, vayan profundizando poco a poco.

El objetivo del diálogo no consiste en analizar las cosas, imponer un determinado argumento o modificar las opiniones de los demás, sino en suspender las propias creencias y observarlas, escuchar todas las opiniones, ponerlas en suspenso y darnos cuenta de su significado. Porque, cuando nos demos cuenta del significado de nuestras opiniones, seremos capaces de *compartir un contenido común*, aun cuando no estemos completamente de acuerdo. Entonces resultará evidente que nuestras opiniones están basadas en creencias y no son tan importantes.

Entonces podremos avanzar creativamente en una dirección diferente. Tal vez podamos comenzar a compartir la toma de conciencia de los significados y, a partir de ahí, la verdad surgirá sola sin que nosotros la hayamos elegido.

Si todos los presentes dejaran en suspenso sus opiniones, todos estaríamos haciendo lo mismo, estaríamos observando juntos y el contenido de nuestra conciencia sería esencialmente el mismo. Consecuentemente, es posible que se despierte un tipo diferente de conciencia, una *conciencia participativa* -aunque, de hecho, la conciencia siempre lo sea- que sea capaz de reconocerse y asumirse libremente como tal. Entonces todo fluirá entre nosotros y cada participante compartirá y participará del significado del grupo. Esto es lo que yo denomino un auténtico diálogo.

Algo muy importante ocurrirá, pues, si podemos hacer esto y llevarlo adelante. En tal caso, todo el mundo compartirá sus creencias con el grupo y, si todos observan juntos el significado de esas creencias, el contenido de su conciencia será esencialmente el mismo. Si, por el contrario, cada uno sostiene creencias diferentes y se limita a defenderlas, cada uno advertirá un significado diferente, porque no habremos tenido en cuenta las creencias de los demás, de modo que las combatiremos o las rechazaremos tratando de convencerles o de persuadirles de las nuestras.

Pero dialogar es una cosa y convencer o persuadir, dos términos que tienen un significado muy similar, otra muy diferente. El término «convencer» -que significa ganar- y la palabra «persuadir» -que se origina en la misma raíz que «suave»- tienen también un significado parecido. La gente intenta, en ocasiones, persuadir -con palabras suaves- o convencer -con palabras más duras-, pero ambas alternativas vienen a ser, a fin de cuentas, semejantes y ninguna de ellas tiene una especial relevancia para el diálogo. De hecho, el intento de persuadir o de convencer a alguien carece de todo sentido, no es nada coherente ni racional ya que, si algo es correcto, no es preciso per-

suadir a nadie y si alguien tiene que persuadirnos, debe ser porque existe alguna duda al respecto.

Si tuviéramos un significado común, podríamos compartirlo, del mismo modo que compartimos una comida. Entonces participaríamos, formaríamos parte y también crearíamos un significado común. Ése es el auténtico significado del término participación, que significa tanto «compartir» como «formar parte», lo cual sugiere la posibilidad de crear una mente común que admita la diversidad de opiniones y que no excluya, de ningún modo, al individuo.

En ese caso, todo el mundo se siente libre. No estamos hablando de una mentalidad colectiva que se imponga sobre el individuo, sino de un tipo de mente que se ubica *entre* lo individual y lo colectivo, armonizando lo individual y lo colectivo y promoviendo la coherencia del conjunto. Se trata, por tanto, de una mente que se desplaza, al igual que un río, desde lo individual hasta lo colectivo. Poco importan, en este sentido, las opiniones personales ya que, a fin de cuentas, debemos mantenernos a la misma distancia de todas las opiniones, comenzar a trascenderlas y aproximarnos a una dimensión nueva y más creativa.

### ***Una nueva cultura***

La sociedad es una red de relaciones -normas, leyes, instituciones, etcétera- establecidas por las personas para poder convivir y trabajar en conjunto. La sociedad se origina cuando un grupo de personas piensa y se pone de acuerdo en lo que van a hacer y luego llevan a cabo las decisiones que han tomado. Así pues, la cultura -es decir, el significado compartido- subyace a todo tipo de organización social. Para instaurar un gobierno, por ejemplo, tenemos que ponernos de acuerdo en el tipo de gobierno que deseamos, qué es lo que consideramos un buen gobierno, qué es lo más adecuado, etcétera. Es por

ello que culturas diferentes tienen diferentes gobiernos y que la ausencia de un significado común aboca a la lucha política e incluso, en caso extremo, a la guerra civil.

Lo que estoy diciendo es que la sociedad y la cultura están basadas en significados compartidos. No es posible construir ninguna sociedad sobre la base de significados contradictorios. En la actualidad, no obstante, nuestra sociedad se asienta sobre un conjunto de «significados compartidos» tan incoherentes que sería difícil afirmar que posean el menor significado real. Es evidente que existe un cierto significado compartido, pero, hablando en términos generales, se trata de un significado muy incoherente. Y esta incoherencia es la que cada uno de nosotros aporta al grupo, al microcosmos o a la microcultura.

Para dar coherencia a nuestros significados deberíamos comenzar poniéndolos en común. De ese modo, podríamos renunciar fácil y naturalmente a buena parte de nuestros significados personales. Pero no se trata de que los aceptemos ni de que los rechacemos porque jamás llegaremos a la verdad a menos que el significado general sea coherente. Lo único que propongo es que pongamos en común todos nuestros significados, tanto pasados como presentes, de modo que podamos darnos cuenta de ellos y dejarlos simplemente ser, lo cual, por sí sólo, aportará cierto orden.

Este tipo de quehacer favorecerá el surgimiento de un significado coherente para todo el grupo y, en consecuencia, el origen de un nuevo tipo de cultura, una cultura que jamás ha existido. Y, en el hipotético caso de que lo haya hecho, debe haber sido hace muchísimo tiempo, quizá en algunos grupos primitivos de la Edad de Piedra. Estoy hablando, pues, de una auténtica cultura, de una cultura en la que las opiniones y las creencias no son defendidas a ultranza de manera incoherente, un tipo de cultura absolutamente necesaria para el buen funcionamiento de la sociedad y, en última instancia, de su propia supervivencia.

Un grupo de esas características podría ser el germen, o el microcosmos, de una cultura que se propagase en todas direc-

ciones, no sólo generando nuevos grupos, sino también aportándoles un significado coherente.

Es posible constatar que este espíritu de diálogo también puede funcionar en grupos más reducidos, en el diálogo entre dos personas e incluso dentro de un mismo individuo, por ejemplo. Cuando alguien es capaz de tener mentalmente en cuenta todos los significados, asumirá la actitud requerida para el diálogo, una actitud que se transmitirá -y, en ese mismo sentido, irá expandiéndose- de manera gradual, tanto verbal como no verbalmente. Son tantas las personas que hoy en día están interesadas en el diálogo que el tiempo parece ya maduro para que esta idea comience a difundirse en todas direcciones.

Algo así es necesario para que nuestra sociedad funcione adecuadamente y pueda sobrevivir, de otro modo estamos abocados al desastre. El aglutinante que mantiene unida a la sociedad es el hecho de compartir un mismo conjunto de significados, algo de lo que nuestra sociedad carece. Si construimos un edificio con cemento de muy baja calidad, terminará resquebrajándose y desplomándose. Es necesario un cemento adecuado, un buen aglutinante. Ése es el significado compartido.

### ***Las dificultades del diálogo***

Hemos hablado de los aspectos positivos del diálogo, pero el hecho es que cualquier intento de llevarlo a cabo puede ser sumamente frustrante. Y no hago esta afirmación sólo desde un plano teórico sino también basándome en mi propia experiencia. Ya hemos mencionado algunas de estas dificultades, que pueden llegar a resultar muy decepcionantes y generar mucha ansiedad, independientemente del tamaño del grupo. Hay quienes sólo quieren afirmarse, ésa es su manera de abordar las cosas, hablan con soltura y suelen ser muy impositivos, como una forma de consolidar su imagen y lograr cierta dosis de seguridad que les haga sentirse superiores. Otros, por su parte, se



infravaloran y tienden a inhibirse, especialmente cuando se encuentran frente a alguien dominante, como si tuvieran miedo de ser engañados.

Son muchos los roles que la gente suele asumir en el seno de un grupo. Así, la presencia de personas que adoptan un papel dominante exige que otros asuman el papel de persona débil e incompetente que puede ser fácilmente dominada. Pero todos estos «roles» están, en realidad, basados en creencias y opiniones e interfieren con el objetivo del diálogo. En un sentido u otro, todo el mundo tiene una determinada opinión de sí mismo. Desde niños se nos ha insistido en que somos de esta o de aquella manera y, en consecuencia, tendemos a comportarnos de ese otro modo. Además, nuestras experiencias, buenas o malas, han contribuido también a nuestra formación. Estos son, pues, algunos de los problemas que surgen cuando tratamos de entablar un diálogo.

Es frecuente también, por otra parte, que aparezca el impulso -o incluso la «compulsión»- adicional a provocar rápidamente un determinado efecto o a expresar nuestro propio punto de vista, sobre todo en el caso de que uno sea una persona especialmente locuaz. De hecho, este impulso se halla siempre presente aunque, si uno es más bien retraído, suele reprimirse a causa del miedo. Pero esta misma urgencia impide que la gente recapacite y asimile serenamente lo que ocurre porque se siente demasiado apremiada a aceptar o rechazar de plano lo que se está diciendo. Éste es uno de los motivos que con más frecuencia dan al traste con cualquier intento de comunicación. Y, aunque no se trate de algo especialmente profundo, todavía tenemos que aprender mucho a este respecto. Es frecuente también que no dejemos el suficiente espacio vacío y que todo el mundo se crea con derecho a interrumpir diciendo lo primero que le venga a la mente. Tampoco deberíamos, por otra parte, estar dándole vueltas a un determinado tema mientras la conversación discurre por otros derroteros. Es muy posible, cuando nos quedamos estancados dando vueltas a una cuestión, que el

grupo haya pasado ya a otra y lo que tengamos que decir al respecto sea irrelevante. Porque mientras uno está pensando «¿qué significa todo esto y qué podría yo decir al respecto?», pasa el tiempo y cambia también el tópico del que se ocupa el grupo. Tenemos, pues, que acompasar nuestra velocidad a la del grupo para no ir más aprisa ni más despacio de la cuenta. También deberíamos aprender, en este sentido, a respetar los necesarios períodos de silencio.

Así pues, aunque no existan «reglas fijas» para el diálogo, deberíamos aprender ciertos principios fundamentales que resultan sumamente útiles como, por ejemplo, dejar el suficiente espacio como para que cada persona pueda expresarse libremente. Pero no estamos diciendo que debamos convertir esto en una norma rígida, sino que se trata, más bien, de ir descubriendo cuál es su sentido y de aprender a ponerlo en práctica. De este modo podremos llegar a apreciar la necesidad y el valor de determinados procedimientos.

El intento de utilizar al grupo como un instrumento al servicio de las ideas y los propósitos de alguno de sus integrantes también genera conflictos. El diálogo está destinado a aquellas personas que coinciden en que ése es un posible camino, de otro modo carece de todo sentido participar en él. Es natural, pues, ver que, en la medida en que avanza y el grupo va consolidándose, algunas personas lo abandonan y otras se incorporan a él. Siempre hay quienes terminan concluyendo «esto no es para mí».

Pero ¿cómo podemos afrontar las decepciones que aparecen en el seno del grupo? Como ya hemos dicho anteriormente, el proceso del diálogo puede hacer que uno se sienta enojado, frustrado e incluso asustado. Cuando nuestras creencias se manifiestan podemos llegar a sentirnos dañados por las opiniones de los demás. La ausencia, por otra parte, de líder, agenda o «algo concreto que hacer» puede también generar miedo y ansiedad. Todo esto es lo que debemos trascender.

Estos son los problemas que han aparecido en los grupos en

los que he tenido la oportunidad de participar. Bien pudiéramos, pues, preguntarnos, puesto que se trata de problemas casi inevitables, cuál es el mejor modo de afrontarlos. Ésa es precisamente la cuestión que indagaremos a continuación.

### ***La visión del diálogo***

Permítaseme explicar ahora lo que yo llamo la «visión del diálogo», algo que ustedes no tienen por qué aceptar, aunque puede servirnos, sin embargo, como una forma de abordar el tema. Supongamos que nos aferramos a algo y tenemos que afrontar la tremenda carga emocional de irritación o frustración que acompaña a nuestras creencias más poderosas y que puede abocar incluso, cuando éstas son muy poderosas, al odio. Podríamos decir que el odio es una perturbación neurofisiológica o química endémica del mundo actual, ya que, miremos donde miremos, veremos que la gente se odia. Supongamos, pues, que estamos atascados en este punto. En tal caso, podemos lograr el conocimiento, un conocimiento compartido, de que todos nos hallamos en la misma situación, porque cada persona tiene sus creencias, todo el mundo se identifica con ellas y todo el mundo experimenta el mismo trastorno neuroquímico. Así pues, aunque difieran en lo superficial, todo el mundo se halla, en lo esencial, en la misma situación.

Es posible ver que existe una especie de «nivel de contacto» en el grupo. Como nos muestra el lenguaje corporal, el proceso del pensamiento es una extensión del proceso corporal. Las personas están muy próximas porque el odio crea un vínculo muy estrecho. Recuerdo que alguien decía que, cuando dos personas que se hallan realmente muy próximas hablan, todo su cuerpo está implicado, el corazón, la adrenalina, los agentes neuroquímicos, etcétera. Podríamos decir incluso que las personas se hallan más cerca de otra persona que de algunas partes de su propio cuerpo, como los dedos del pie, pongamos por

caso. En cierto modo, pues, podríamos hablar de la existencia de «un solo cuerpo». Si, por otra parte, podemos escuchar las opiniones de los demás, ponerlas en suspenso sin juzgarlas y considerar, en tal caso, que tienen tanto fundamento como las nuestras, estaremos promoviendo la existencia de «una sola mente» puesto que, en ese momento, nuestras diferencias serán secundarias y todas las opiniones y todas las creencias tendrán *el mismo contenido*. En cierto sentido podríamos decir, entonces, que sólo tenemos un cuerpo y una mente, en cuyo caso los individuos no se sienten abrumados ni experimentan ningún tipo de conflicto por el hecho de no estar de acuerdo. Porque, cuando no existe ninguna presión al respecto, el hecho de coincidir o disentir carece de importancia.

Lo importante es llegar a establecer un tipo de vínculo distinto, al que suele denominarse comunidad impersonal y que no requiere que nos conozcamos. En Inglaterra, por ejemplo, la multitud que va al fútbol prefieren no sentarse sino permanecer de pie unos junto a otros. Poca gente se conoce en medio de esa muchedumbre pero ese tipo de contacto les proporciona algo de lo que carecen en su vida cotidiana. Del mismo modo, en época de guerra la gente experimenta un tipo de camaradería muy diferente del que se establece en tiempo de paz. Esa conexión tan estrecha, esa camaradería, es la participación mutua. Y, en mi opinión, nuestra sociedad, que glorifica al individuo independiente, carece de este tipo de vínculos. Los comunistas trataron de establecer algo parecido, pero fracasaron estrepitosamente y han terminado adoptado nuestro mismo sistema de valores. Pero lo cierto es que la gente no es feliz y que incluso aquellos que logran alcanzar el «triumfo» se sienten aislados y sienten que hay dimensiones a las que no pueden acceder.

Existe, pues, una importante *razón* para fomentar el diálogo, ya que realmente necesitamos dialogar, una razón que debería ser lo suficientemente poderosa como para permitirnos superar todos los obstáculos de los que hemos hablado. La gente parece dispuesta a aceptar la frustración a cambio de cualquier cosa

que considere importante. El trabajo o el dinero, por ejemplo, suelen ser frustrantes y generan ansiedad pero, aun así, la gente dice «¡es importante! ¡Tenemos que conseguirlo!». Son muchas las situaciones que despiertan este tipo de sentimientos. Es por ello que, si consideramos que el diálogo no es importante y necesario, solemos concluir «¿qué sentido tiene todo esto? Crea tantos problemas que será mejor dejarlo», mientras que si, por el contrario, creemos que merece la pena, podemos llegar a decir «¡lo conseguiremos!». Es necesario, pues, seguir investigando durante un tiempo a pesar del desaliento inicial.

Si dejáramos en suspenso la expresión de nuestros impulsos, si suspendiéramos nuestras creencias y las observáramos atentamente, nos hallaríamos en un estado de conciencia similar y, en consecuencia, estableceríamos el mismo tipo de conciencia a la que tanta gente dice aspirar, una conciencia común a todos nosotros. Tal vez no sea muy divertido, pero tenemos que lograrlo. La gente suele creer que la conciencia común significa «beatitud compartida» lo cual, por cierto, puede ocurrir pero, en cualquiera de los casos, el camino discurre por los cauces que estamos señalando. Tenemos que compartir la conciencia que *realmente* tenemos, no podemos compartir otra; porque, cuando la gente es capaz de compartir la frustración, las distintas creencias contradictorias y el rechazo mutuo, y son capaces de permanecer con ello, de enfadarse juntos y de observar juntos todo eso, entonces habrán logrado una conciencia común.

Si la gente pudiera permanecer con el poder, la violencia, el rechazo y demás, hasta el final, se daría realmente cuenta de que somos lo mismo y, consecuentemente, alcanzaríamos la participación y la solidaridad. Quienes han logrado atravesar esa fase suelen llegar a ser buenos amigos. A partir de entonces, las cosas funcionan de manera diferente y uno se abre y confía más en los otros. *Cuando se ha ido más allá de aquello que producía miedo*, la inteligencia puede ponerse a trabajar.

Me gustaría ahora, a este respecto, relatarles una historia. Un psicólogo infantil de Londres me contó que, en cierta ocasión,

le habían llevado a la consulta a una niña de unos siete años que sufría un serio trastorno y se negaba a hablar. Tras una hora de arduos esfuerzos intentando arrancarle una palabra le preguntó, un tanto exacerbado:

-¿Por qué no me hablas?.

-¡Porque le odio!- respondió súbitamente la niña.

Entonces él vio la posibilidad de introducir el tema del tiempo para relativizar los sentimientos de la niña. De modo que volvió a la carga preguntando:

-¿Cuánto tiempo vas a odiarme?

-¡Le odiaré siempre! -replicó ella.

-¿Y durante cuánto tiempo me odiarás siempre?- preguntó finalmente y con aire un tanto preocupado el doctor, volviendo a sacar a relucir la cuestión del tiempo.

Entonces la niña respondió con una sonora carcajada que rompió el hielo y liberó la tensión. La incoherencia de la pregunta le había mostrado el absurdo de toda la situación. Ella decía que iba a odiarlo siempre y, al mismo tiempo, también se daba cuenta de que eso no podría realmente ser así, de modo que, si no podía ser como decía, el odio perdía también todo su sentido.

Cuando nos enfadamos, solemos tener una razón o un motivo para hacerlo y decimos que estamos enojados por esto o por aquello. Pero, en realidad, el enfado se alimenta del rechazo y de la rabia hasta que llega un momento en el que ya no precisa de ningún motivo y se alimenta de sí mismo. Es como si la energía del rechazo estuviera, en cierto modo, encerrada, esperando la ocasión de descargarse. Y lo mismo podríamos decir con respecto al pánico, porque uno suele ser consciente del motivo de su miedo pero, en el momento en que cae presa del pánico, éste parece cobrar vida propia. Pero, en realidad, el tipo de energía implicado en este caso es el mismo del que hablábamos cuando nos referíamos a la creatividad y que calificábamos como *energía sin motivo*.

Hay una gran carga de violencia oculta en las opiniones que

defendemos. No se trata de meras opiniones o de simples creencias, sino que son creencias con las que nos identificamos y que, en consecuencia, defendemos con uñas y dientes como si nos fuera la vida en ello. El impulso natural de autoconservación que adquirimos en la selva ha terminado interiorizándose e involucrando a nuestras opiniones. Es como si dijéramos que existen ciertas opiniones exteriores que son tan peligrosas como los tigres y que hay ciertas especies interiores que deben ser protegidas a toda costa. De este modo, es como si los instintos, que tenían un sentido material en la selva, hubieran terminado transfiriéndose a las opiniones de nuestra vida moderna. Y esto es algo de lo que el diálogo puede hacernos colectivamente conscientes.

La actitud defensiva que nos lleva a aferrarnos a nuestras creencias y decir «yo tengo razón», limita nuestra inteligencia porque el ejercicio de la inteligencia consiste precisamente en no defender ningún tipo de creencia. No hay motivo para aferrarse a una creencia si tenemos alguna prueba de que está equivocada. La mejor actitud frente a una creencia o una opinión consiste en abrirnos a la evidencia de su posible falsedad.

*No debemos, pues, por tanto, tratar de imponer nuestras opiniones al grupo, ya que esa actitud obstaculiza el curso del diálogo grupal. El grupo puede actuar como una sola conciencia, capaz de despertar el sentimiento de culpabilidad de sus miembros, porque estamos tan convencidos de lo que pensamos que tendemos a creer que todo el mundo piensa como nosotros. Pero el hecho de que los otros sostengan, o no, una opinión diferente no es importante. No es necesario convencer a todo el mundo para que sustente nuestro punto de vista. Es más importante el hecho de compartir nuestros pensamientos y de participar de la misma conciencia que coincidir en el contenido concreto de nuestros pensamientos. Es evidente, por otra parte, que las opiniones son siempre limitadas y que lo realmente importante no reside en ellas sino en alguna otra parte. La verdad no brota de nuestras opiniones, sino de otro lugar, tal vez del li-*

bre movimiento del pensamiento tácito. De modo que, si queremos percibir o participar de la verdad, deberemos dar coherencia a nuestros significados. Es por ello que afirmo que el diálogo es tan importante: ¿cómo podremos, si no, participar de la verdad si nuestros significados son tan contradictorios e incoherentes?

Creo que este nuevo enfoque puede abrir una vía para transformar la situación global del mundo tanto a nivel ecológico como a muchos otros niveles. El movimiento ecológico, el llamado «movimiento verde», por ejemplo, se halla en la actualidad amenazado de fragmentarse porque muchos de los grupos que lo componen mantienen opiniones distintas a la hora de abordar los problemas que les preocupan. Pero, de este modo, su noble quehacer corre el peligro de terminar convirtiéndose en una lucha. Parece, pues, especialmente urgente que el movimiento verde inicie un verdadero diálogo.

Los ecologistas suelen ser muy conscientes de algunos de los problemas que aquejan a nuestro planeta pero no lo son tanto, en mi opinión, de sus creencias y de los procesos tácitos de su pensamiento. Creo que es importante llamar claramente la atención sobre este punto que, a mi juicio, es fundamental porque realmente no se trata de dos actividades diferentes. Las actividades de limpiar los ríos, plantar árboles y salvar ballenas deberían ir acompañadas del diálogo y ser fruto de la comprensión del problema general del pensamiento, ya que, por sí solas, resultan insuficientes. Si, por otro lado, nos limitamos exclusivamente a hablar y reflexionar sobre el pensamiento, el planeta podría terminar destruido. El diálogo funciona realmente en el nivel tácito del proceso mental, en el nivel en el que ocurren todas las cosas importantes.

Hay situaciones en las que la gente sostiene creencias y opiniones diferentes, o en las que un grupo está interesado y otro no, pero, en cualquier caso, siempre es posible entablar un diálogo. E incluso en el caso de que un determinado grupo no esté dispuesto a ello, quienes sí lo están bien pueden poner las con-

diciones para que tal diálogo tenga lugar. Y, si no es posible dialogar con ellos, siempre podemos establecer un diálogo con nosotros mismos. Ésa precisamente es la actitud dialogante, una actitud, en mi opinión, absolutamente necesaria para poner orden en el caos imperante. Porque, si pudiéramos hacer realmente algo creativo, llegaríamos incluso a influir sobre los demás a nivel tácito, comunicándonos tanto mediante las palabras como sin ellas. Lo cierto es que si nos limitamos a repetir la misma vieja historia de siempre, no ocurrirá nada nuevo realmente interesante.

Esta visión del diálogo y de la conciencia común sugiere que existe un modo de resolver nuestros problemas colectivos. Y, para ello, no deberíamos tratar de comenzar por la copa del árbol, por así decirlo (como por ejemplo, las Naciones Unidas o la presidencia del gobierno), sino por sus mismas raíces. Soy consciente de que determinados miembros del gobierno de los Estados Unidos están familiarizados con la idea del diálogo, lo cual demuestra que estas nociones se hallan, de algún modo, presentes hasta en los estratos más elevados. Y, aunque pueda parecer inicialmente insignificante, la rapidez de comunicación que caracteriza al mundo moderno podría, pues, generalizar muy velozmente esta nueva actitud. Así pues, del mismo modo que ocurre con el pensamiento destructivo, esta nueva visión del diálogo también podría difundirse con la misma celeridad.

El hecho de permanecer con las frustraciones propias del diálogo puede tener mucho más sentido del que parece tener a simple vista. De hecho, podríamos decir que, en tal caso, pasamos de ser parte del problema a formar parte de la solución. Dicho de otro modo, aunque sea en muy pequeña medida, nuestra propuesta participa de la cualidad de la solución más que de la del problema. El abordaje contrario, por su parte, siempre seguirá formando parte del problema. El punto fundamental es comenzar algo que comparta la cualidad de la solución aunque, como también hemos dicho, no sabemos si se difundirá rápida o

lentamente, puesto que ignoramos cuál es la velocidad del movimiento de difusión de la mente (tanto en el proceso del pensamiento como más allá de él, en la participación mutua).

Hay quienes dicen: «Todo lo que realmente necesitamos es amor». Y, por supuesto, tienen razón porque, si existiera el amor universal, todo iría bien. Pero no parece que esto sea posible por el momento. Así que tenemos que encontrar una vía que funcione y, aunque pueda haber frustración, enfado, rabia, rechazo y miedo, tenemos que dar con algo que pueda afrontar todo eso.

Quisiera ilustrar ahora este punto con una anécdota en la que intervinieron los dos físicos más importantes de este siglo, Albert Einstein y Niels Bohr. Einstein recordaba que, la primera vez que se entrevistó con Bohr, se sintió tan próximo a él que luego escribió que llegó a sentir amor por él. Durante un tiempo hablaron de física muy animadamente, pero terminaron llegando a un punto con respecto al cual sostenían creencias u opiniones diferentes. La visión de Bohr se basaba en la teoría cuántica, mientras que la de Einstein, por su parte, lo hacía en su propia teoría de la relatividad. Estuvieron charlando una y otra vez sobre ese punto con mucha paciencia y buena voluntad durante años, pero ninguno de ellos terminó cediendo. Cada uno se limitaba a repetir lo que ya había dicho antes. Finalmente descubrieron que no habían llegado a ninguna parte y terminaron alejándose. Luego dejaron de verse durante bastante tiempo.

Tiempo después, ambos se hallaban en el Institute for Advanced Study, de Princeton, pero no se dirigían la palabra. Un matemático llamado Hermán Weyl pensó que «esa situación era lamentable y sería muy hermoso conseguir aproximarlos». Con esa intención, organizó una fiesta a la que fueron invitados Einstein, Bohr y sus respectivos discípulos. Pero, en el curso de ese encuentro, Einstein y sus seguidores permanecieron en un extremo de la sala, mientras Bohr y los suyos estaban en el otro. La creencia en la verdad de su propia opinión les impidió

aproximarse porque no podían compartir ningún significado común y, en consecuencia, no tenían nada de lo que hablar. ¿Cómo es posible compartir algo cuando cada uno de los implicados está convencido de hallarse en posesión de la verdad y la distintas verdades en juego son contradictorias? ¿Qué es lo que puede compartirse en tal caso?

Así pues, tenemos que observar muy cuidadosamente la noción de verdad. El diálogo no tiene por qué estar directamente relacionado con la verdad, sino que su auténtica preocupación es el *significado*. Porque, si el significado no es coherente, nunca llegaremos a la verdad. Si pensamos «mi significado es coherente y el de los demás no lo es» nunca podremos llegar a compartirlo. Usted poseerá la «verdad» para sí mismo, para su propio grupo o para lo que le resulte más reconfortante, pero el hecho es que, en tal caso, el conflicto continuará existiendo.

Para compartir el significado y aproximarnos a la verdad debemos hacer algo diferente. En el caso que hemos expuesto, Bohr y Einstein deberían haber sostenido un diálogo. No estoy afirmando, con ello, que el diálogo hubiera sido necesariamente fructífero pero lo cierto es que, al menos, hubieran podido escuchar sus respectivas opiniones. Quizás entonces ambos hubieran suspendido sus creencias y, trascendiendo la relatividad y la teoría cuántica, hubieran llegado a algo nuevo. Pero no parece que esta visión del diálogo fuera muy común entre los científicos de esa época.

La ciencia afirma que es capaz de arribar a la verdad, a la *única* verdad. En consecuencia, la idea del diálogo es, de alguna manera, ajena a la estructura misma de la ciencia, algo semejante a lo que ocurre en el caso de la religión, no en vano la ciencia ha terminado convirtiéndose en la religión de la época moderna. La ciencia desempeña hoy en día el mismo papel que antiguamente desempeñaba la religión. Es por ello que, al igual que ocurre con las distintas religiones, los diferentes científicos no pueden llegar a un fácil acuerdo porque sostienen nociones diferentes acerca de la verdad. Como dijo el científico Max

Planck, «no es que las nuevas ideas venzan a las viejas. Lo que realmente ocurre es que los viejos científicos mueren y aparecen en escena jóvenes científicos portadores de nuevas ideas». Pero obviamente ésta no es una manera adecuada de hacer las cosas y tampoco quiere decir que no puedan hacerse de otro modo. Cuando los científicos puedan comprometerse en un auténtico diálogo tendrá lugar una revolución radical en la ciencia.

Pareciera como si los científicos estuvieran, en principio, comprometidos con la idea del diálogo. Eso» al menos, es lo que parecen afirmar cuando dicen: «No deberíamos excluir nada sino que tendríamos que escucharlo todo». Pero es evidente, sin embargo, que no es esa la actitud que realmente sostienen. Y no sólo porque ellos, al igual que el resto de las personas, tienen sus propias opiniones y creencias, sino también porque se supone que la ciencia es capaz de *alcanzar* la verdad. Pocos científicos se cuestionan la creencia de que el pensamiento sea capaz de llegar a conocerlo «todo». Pero el hecho es que el pensamiento es una abstracción y, por tanto, implica algún tipo de limitación. La *totalidad* es siempre mucho más de lo que el pensamiento -que sólo abstrae, limita y define- pueda llegar a captar. Además, el pensamiento no puede abarcar realmente el presente en el que tiene lugar el análisis ya que sólo se alimenta del pasado, que también es limitado.

Hay también relativistas que afirman que nunca podremos llegar a la verdad absoluta. Pero esos argumentos caen presas de su propia paradoja cuando asumen que el relativismo es la verdad absoluta. Y es difícil, si no imposible, que quienes crean haber llegado a algún tipo de verdad absoluta, puedan sostener un diálogo, ni siquiera consigo mismos. Resultaría muy difícil encontrar a dos relativistas que estuvieran de acuerdo.

No existe, pues, como podemos ver, un «camino» a la verdad. Lo que estamos tratando de decir es que, en el diálogo, compartimos todos los caminos y finalmente nos damos cuenta de que ninguno de ellos es imprescindible. Porque cuando ve-

mos el significado de todos los caminos, llegamos al «no camino». Todos los caminos, por el mero hecho de serlo, son igualmente rígidos

El diálogo necesariamente conlleva frustraciones, pero si conseguimos atravesarlas juntos podremos llegar a ser mejores amigos. Y no es tampoco que ésa sea nuestra intención pero, aunque no la busquemos, la amistad puede aparecer. *Cuando vemos el pensamiento de los demás, se convierte en nuestro propio pensamiento y de ese modo lo tratamos. Y lo mismo ocurre cuando aflora una carga emocional porque, en la medida en que nos afecta, también la compartimos junto a todos los pensamientos.* Cuando hay una carga emocional, podemos tratar de restarle poder, como hizo el psicólogo infantil del que hablábamos anteriormente al preguntar «¿Y durante cuánto tiempo me odiarás siempre?». El sentido del humor -o cualquier otro tipo de comentario similar- puede ayudar a quitar hierro a un tema emocionalmente muy cargado.

En ocasiones nos habrá sorprendido el hecho de que, en el mismo momento en que estamos a punto de plantear una cuestión, otra persona lo ha hecho. Es como si ese pensamiento se hallara presente de manera latente e implícita en todo el grupo y cualquiera pudiera expresarlo. No es de extrañar, pues, que otra persona lo exponga y lo desarrolle. Cuando un diálogo está realmente funcionando, todos pensarán juntos y participarán en común del pensamiento, como si se tratara de un solo proceso. Ocurre entonces como si todos estuvieran elaborando un mismo pensamiento. En tal caso, si alguien aporta una opinión todos la escuchamos y compartimos su significado. Esto es, en definitiva, lo que yo denomino la «visión del diálogo».

### ***La sensibilidad al diálogo***

Estamos hablando de algo realmente necesario para las sociedades humanas, aunque hasta el momento no haya sido cier-

tamente muy frecuente. Si la gente se comportara de este modo en el mundo del gobierno, de los negocios, o a escala internacional, nuestra sociedad funcionaría de manera diferente. Pero eso exige *sensibilidad*, una cierta forma de intervenir y de no hacerlo, de prestar atención a los indicios sutiles y a nuestras respuestas, a lo que está ocurriendo, en suma, en nuestro interior y a lo que ocurre en el seno del grupo. La gente no sólo se expresa a través de las palabras sino que también lo hace mediante su actitud corporal, el llamado «lenguaje corporal».

Y, aunque no se trate de algo que ocurra de forma deliberada, no es difícil constatar que la comunicación puede ser verbal o no verbal. Insisto en que no se trata, en modo alguno, de que *intentemos* actuar porque puede que ni siquiera seamos conscientes de ello.

La sensibilidad nos permite advertir lo que está sucediendo, darnos cuenta de nuestras propias respuestas, del modo en que responden los demás, de las diferencias y de las similitudes sutiles, etcétera. Éste es el fundamento de la percepción. Los sentidos nos proporcionan información, pero tenemos que ser sensibles a ella o, de lo contrario, ni siquiera la percibiremos. Si nos cruzamos por la calle con alguien a quien conocemos muy bien podemos ser conscientes de haberle visto, pero si nos preguntan qué ropa llevaba, es muy probable que no podamos responder porque realmente no le hemos mirado, no hemos sido completamente sensibles porque mirábamos a esa persona a través *del filtro del pensamiento*. Y eso precisamente no tiene mucho que ver con la sensibilidad.

Así pues, la sensibilidad no sólo tiene que ver con los sentidos, sino también con algo que los trasciende. Los sentidos responden a determinados estímulos, pero eso no es suficiente. Los sentidos nos muestran lo que está ocurriendo y la conciencia le da forma, trata de dotarlo de algún *significado* y luego une ambas cosas. Percibir, por tanto, el significado o la ausencia de significado es también una cuestión de sensibilidad; es, dicho en otros términos, un tipo de percepción más sutil. El sig-

nificado, como ya hemos dicho en otro momento, es el «aglutinante» que nos mantiene unidos y no es algo estático sino sumamente dinámico. Cuando compartimos el significado, éste fluye entre todos nosotros y mantiene la cohesión del grupo. Entonces, cada uno de los participantes será sensible a los matices de lo que ocurre a su alrededor y no sólo a lo que sucede en su propia mente. Ésta es la condición indispensable para que pueda surgir un significado compartido y el único modo en que podemos hablar y pensar juntos de un modo coherente. Pero la gente, sin embargo, suele aferrarse a sus creencias y no suelen pensar juntos sino que cada uno lo hace por su propia cuenta.

Lo que bloquea nuestra sensibilidad es la barrera defensiva impuesta por nuestras creencias y nuestras opiniones. No obstante, tampoco tendríamos que juzgarnos por mantener una actitud defensiva, sino tan sólo ser sensibles al hecho de que *estamos* defendiéndonos y a todos los sentimientos y matices sutiles implicados. Nuestro objetivo no es el de juzgar y condenar, aunque tal posibilidad, por cierto, siempre está presente, sino, por el contrario, el de permitir que todas las opiniones y creencias implicadas afloren a la superficie para poder observarlas. Es entonces, en mi opinión, cuando realmente puede tener lugar un cambio.

Krishnamurti afirmaba que «ser» es relacionarse. Pero el hecho es que las relaciones pueden llegar a ser muy dolorosas. Krishnamurti también decía que tenemos que pensar y sentir más allá de los procesos mentales hasta llegar a atravesarlos y que sólo entonces puede tener lugar algo diferente. Creo que eso precisamente es lo que sucede en el diálogo grupal, ya que la aparición de experiencias dolorosas nos brinda la oportunidad de elaborarlas e ir más allá de ellas.

En cierta ocasión participé de un diálogo en Suecia, en que el grupo se dividió en dos partes. Había mucha gente de la llamada «Nueva Era» que, desde el principio, comenzó a glosar las virtudes del amor que, según ellos, rebosaba por los cuatro

costados y se extendía por doquier. Otros, entretanto, permanecieron en silencio durante un tiempo pero, al cabo de una hora, comenzaron a decir que toda aquella cháchara sobre el amor les parecía un disparate carente de todo sentido. En ese momento, uno de los participantes se exaltó tanto que no pudo permanecer en su lugar y tuvo que alejarse. Alguien advirtió entonces que el grupo se había polarizado, un fenómeno, por cierto, muy frecuente. Luego agregó, en clave humorística, «bueno, ahora tenemos dos grupos, el grupo del amor y el grupo del odio», lo cual sirvió para relajar un poco la tensión y abrió una puerta de diálogo entre ambos grupos. No se trataba de convencerse mutuamente, sino tan sólo de percatarse del significado sostenido por la posición contraria y de comenzar a hablar entre sí.

*Eso* es mucho más importante que lograr convencer al contrario, ya que permite constatar que no hay necesidad de aferrarse rígidamente a la propia opinión. Poco importa, de hecho, tomar partido por el amor, el odio o incluso sostener una actitud suspicaz, cautelosa, cínica, o lo que fuere. Lo realmente importante es que, bajo la superficie, todas esas actitudes son demasiado rígidas y que, para salir de ese círculo cerrado, es necesario abrirse a nuevas posibilidades.

Podríamos decir, hablando en términos generales, que no es serio limitarse a defender la propia opinión, del mismo modo que tampoco lo es tratar de evitar las sensaciones desagradables que se susciten en nuestro interior. Gran parte de lo que ocurre en nuestra vida no es serio y la sociedad, por su parte, nos enseña precisamente *eso*. Ésa es la razón de la falta de coherencia general y de nuestra incapacidad de hacer algo al respecto porque, en el caso de intentarlo, sólo lograremos agitarnos estérilmente.

Tenemos que ser serios o, de lo contrario, no podrá haber ningún tipo de diálogo, al menos no en el sentido en que estamos utilizando el término. Existe una historia sobre Freud, que padecía de cáncer de mandíbula, que ejemplifica perfectamente este punto. Alguien que acudió a su consulta le dijo: «Tal vez



fuera mejor que no hablara con usted porque padece esa enfermedad tan seria y puede que no quiera hablar sobre esto». Freud entonces respondió: «El cáncer puede ser fatal, pero no es nada serio». Creo que este ejemplo ilustra algo de lo que ocurre en nuestra sociedad y que podríamos describir, parangonando a Freud, diciendo: «Tal vez sea fatal, pero no es nada *serio*».

### ***El diálogo limitado***

En ocasiones, la gente siente la necesidad de mantener un diálogo en el seno de la familia. Pero la familia es una estructura jerárquica basada en el principio de autoridad, algo que no favorece precisamente el diálogo. Es cierto que tiene su valor, pero también lo es que se trata de una estructura que suele impedir el diálogo. Tal vez sea posible en determinadas familias pero, hablando en términos generales, la sumisión a la autoridad no suele dejar espacio libre para el diálogo porque lo único que deseamos, en tal caso, es liberarnos de la autoridad y de la jerarquía. Pero es necesaria *cierta* autoridad para «hacer funcionar» las cosas y es por ello que, si tenemos un determinado «objetivo», deberemos recurrir, en algún momento, al principio de autoridad. Pero cuando, desde nuestro punto de vista, afrontamos el diálogo sin un propósito o una agenda predeterminada, no tenemos que *hacer* nada en especial y, en consecuencia, no necesitamos recurrir a ninguna autoridad. Lo único que necesitamos, por el contrario, es un espacio en el que no haya autoridad ni jerarquía, un lugar vacío de todo propósito, un espacio libre en el que podamos permitirnos hablar de todo.

También podemos, como ya hemos dicho, mantener un diálogo más limitado que persiga un determinado objetivo puntual aunque, en cualquier caso, deberíamos mantenerlo lo más abierto posible, porque la limitación interfiere la libre comunicación y nos impide observar las creencias que se hallan en juego.

Quienes no estén suficientemente preparados para abrirse

completamente a la comunicación deberían hacer, sin embargo, todo lo que estuviera en su mano. Conozco a algunos profesores universitarios que se muestran interesados en aplicar los principios del diálogo a los problemas del mundo empresarial. Uno de ellos tuvo recientemente una reunión con unos ejecutivos de una empresa destinada a la fabricación de muebles de oficina. El hecho es que la empresa estaba atravesando por un bache de productividad y no lograban ponerse de acuerdo. Los directivos tenían todo tipo de creencias al respecto y esa actitud impedía cualquier posible avance. De modo que solicitaron la ayuda de un mediador y éste puso en marcha un diálogo que resultó tan interesante que siguieron con él aun después de haber resuelto los problemas que lo suscitaron.

Naturalmente, este tipo de diálogo es limitado porque tiene un propósito definido y concreto pero, aun en tal caso, tiene un valor ciertamente inestimable. Se trata, en principio, de conseguir que todo el mundo aprenda a escuchar y conocer las opiniones de los demás, porque el hecho de ignorarlas nos lleva a reaccionar de acuerdo con lo que suponemos al respecto, lo cual genera todo tipo de problemas. Porque, en tal caso, la otra persona se queda perpleja y se pregunta «¿pero qué dice?», lo cual le lleva, a su vez, a reaccionar basándose en sus propias creencias y no hace sino consolidar el círculo vicioso de la confusión. Es muy importante, pues, conocer cuáles son las creencias de los demás.

El profesor en cuestión me habló también de otros dos interesantes casos. Uno de ellos tenía que ver con una empresa cuyos altos ejecutivos estaban descontentos y no se llevaban nada bien entre sí. La solución habitual de la empresa había sido la de aumentarles el sueldo -a modo de caramelo- y promocionar los ascensos, con el consiguiente acceso de personas mediocres a los puestos directivos. Pero esa política había terminado conduciendo a la empresa a una situación insostenible. Entonces fue cuando tomaron la decisión de hacer algo al respecto y el mediador al que recurrieron no abordó directamente el proble-

ma que estaba conduciendo a la empresa a la bancarrota diciendo, por ejemplo, «todo el planteamiento está equivocado», sino que se limitó a decir «la empresa no puede hacer frente a tantos gastos». Porque el hecho es que, para que la empresa funcionase más eficientemente, debían partir de la base de que los conflictos psicológicos no pueden resolverse con un mero ascenso. Todo el mundo puede llegar fácilmente a darse cuenta de que ésa no es una forma adecuada de proceder. Pero fue necesario dialogar para que todos pudieran comenzar a hablar entre sí y a darse cuenta claramente del problema. Y aunque el contexto del diálogo estuviera limitado a la supervivencia de la empresa -y no se tratara del tipo de diálogo al que nosotros aspiramos-, resultó, sin embargo, en este caso, un adecuado punto de partida.

Esto es, en mi opinión, lo que debería hacer la especie humana porque, en última instancia, el fracaso de la humanidad no es ajeno a los motivos que pueden llevar a la quiebra de una empresa.

El segundo caso atañe a un grupo de negociadores, personas de formación universitaria especializadas en ayudar a resolver este tipo de problemas. En cierta ocasión mantuvieron una serie de reuniones en las que quedó patente que dos de ellos nunca parecían poder ponerse de acuerdo sobre ninguna cuestión. Uno de ellos consideraba que lo adecuado era sacar a la luz el problema y enfrentarse a él, mientras que la otra, por su parte, sostenía la creencia opuesta, es decir, que en ningún caso debían hablar de ello. Era como si ésta creyera que no podía decir nada a menos que tuviera el espacio suficiente, mientras que aquélla creyera exactamente lo contrario. No parecía, pues, existir coincidencia alguna entre ellos. Todo siguió igual de confuso durante mucho tiempo, con una persona esperando ser incitada a hablar y la otra sin comprender lo que estaba ocurriendo. Finalmente lograron hablar y cada uno de ellos sacó a relucir las experiencias infantiles en las que se sustentaban sus creencias y, a partir de ese momento, terminaron abriéndose.

El mediador hizo tan poco al respecto que, de hecho, hubo varias personas que llegaron a interpelarle y a preguntarle por qué no intervenía. En realidad, el mediador puede intervenir de vez en cuando y hacer algún que otro comentario sobre lo que está ocurriendo o sobre lo que significa, pero en un grupo de carácter más general debería actuar simplemente como un miembro más. Probablemente en un grupo de una empresa esto no funcionaría porque el mediador no podría ser *simplemente* un participante de un grupo cuyos objetivos son tan limitados.

Este segundo ejemplo podría ilustrar aquellos casos en los que es necesaria una intervención para eliminar los bloqueos debidos a cuestiones personales, creencias implantadas en la niñez, por ejemplo. En el caso que acabamos de mencionar, las personas implicadas pudieron finalmente descubrir esas creencias. Y, aunque no trataban de curarse mutuamente ni de llevar a cabo ningún tipo de terapia, la intervención tuvo un efecto ciertamente terapéutico. Pero este aspecto es secundario.

Y, aunque haya quienes crean que el diálogo en el marco de la empresa sólo contribuye a mantener un sistema corrupto puede, sin embargo, ser el germen de algo diferente. En mi opinión, casi todo lo que tiene ver con la sociedad está corrupto y no suele emprenderse ninguna acción para resolver este problema. Los ejecutivos tienen que hacer que la empresa funcione porque, en tal caso, todos nos beneficiaríamos de ello. Es en parte la confusión reinante en estos ámbitos la causa de los problemas que aquejan y amenazan con descomponer a nuestra sociedad. Si el gobierno y las empresas trabajaran eficazmente, no despilfarraríamos tanto, lo cual, aunque no resolviera todos los problemas, nos aliviaría de algunos de ellos.

Es necesario, pues, aumentar la coherencia para que nuestra sociedad pueda funcionar adecuadamente. Si observamos lo que ocurre en el mundo actual -tanto en éste como en cualquier otro país-, no podemos decir que funciona de manera coherente. La mayoría de las empresas no trabajan de manera coherente y ése es el motivo por el cual muchas de ellas se están

hundiendo. Sería, pues, muy importante que la idea del diálogo fuera impregnando todos los estratos de la sociedad y que todo el mundo comenzara a tenerla en consideración. También podríamos decir que no es nada frecuente que los jefes de estado sostengan el tipo de diálogo al que nos estamos refiriendo. Pero tal probabilidad supondría un importante paso hacia adelante en dirección al cambio. De este modo, podría ponerse fin, por ejemplo, al derroche de energía invertida en la carrera armamentística. Si dejásemos de invertir esas sumas colosales -unos treinta mil millones de dólares al año- en la fabricación de armas, podríamos dedicar todo ese dinero a la regeneración ecológica y a otro tipo de tareas constructivas. Y no estamos hablando de algo imposible. Si los políticos más conscientes del problema ecológico sostuvieran un diálogo con el presidente del gobierno, por ejemplo, podrían tornarle más consciente del problema. No podemos esperar a que los políticos resuelvan los problemas que se nos presentan, pero el más pequeño movimiento de apertura podría ayudar a detener la escalada de la destrucción, pues si seguimos en ella, disponemos de muy poco tiempo para hacer algo al respecto.

No podemos actuar a nivel de los presidentes o los primeros ministros porque ellos también tienen sus propias opiniones. Pero, como ya hemos dicho, esta visión del diálogo va impregnando poco a poco todos los estratos de la sociedad. Creo que en el gobierno de los Estados Unidos hay personas que se hallan más próximas a esta idea y otras que se hallan más distantes. No sabemos qué sucederá exactamente, pero existe un cierto movimiento hacia una mayor apertura. Pero, con ello, no estoy afirmando que vayan a resolverse todos los problemas, sino tan sólo que, si conseguimos retrasar la carrera hacia la destrucción, ya habremos dado un paso ciertamente muy importante para que pueda surgir algo nuevo.

Puede que no exista ninguna «respuesta política» para resolver los problemas que aquejan al mundo. Pero, del mismo modo que en el diálogo el punto importante no son las opi-

niones particulares, el punto importante tampoco es encontrar una respuesta, sino flexibilizar la mente, abrirla y tener en cuenta todas las opiniones. Si, de algún modo, logramos difundir esta actitud creo que podremos detener la carrera hacia la destrucción.

Resumiendo, pues, hemos hablado de que lo esencial es llegar a ser capaces de compartir nuestros juicios y nuestras opiniones y de escuchar las creencias de los demás. Y, aunque la incompatibilidad manifiesta en el caso de Einstein y Bohr no condujo a ningún tipo de violencia, solemos experimentar el menosprecio de nuestras creencias como un acto de violencia que despierta también nuestra propia violencia. Este punto, pues, resulta individual y colectivamente esencial. El diálogo es el modo colectivo de abrirnos a todos los juicios y a todas las creencias.

### ***Más allá del diálogo***

Deberíamos recordar, no obstante, que el diálogo -y de hecho, todo aquello de lo que hemos estado hablando- no aspira únicamente a resolver los males de la sociedad, aunque ciertamente tenemos que resolverlos. Es verdad que estaríamos mucho mejor sin ellos, pero si queremos sobrevivir y vivir una vida que merezca la pena, tenemos que hacer frente a esos problemas. Pero ése, de hecho, no es más que el comienzo. Creo que existe la posibilidad de que tenga lugar una transformación en la naturaleza de la conciencia, tanto a nivel individual como a nivel colectivo, posibilidad que depende, en gran medida, del diálogo. Eso precisamente es lo que hemos estado investigando.

Y es muy importante que este cambio tenga lugar de manera conjunta en el mayor número posible de personas, porque el cambio de un solo individuo tendría un efecto muy limitado. El problema no se resolverá si algunos de nosotros alcanzamos «la verdad» y el resto no lo hace, porque en tal caso sólo habremos

### *Sobre el diálogo*

cambiado el aspecto del problema. Es por ello que los cristianos o los musulmanes no están libres de conflictos por más que crean en el mismo Dios, el mismo profeta o el mismo salvador.

El amor no puede surgir si no podemos comunicar y compartir el significado. La falta de comunicación entre Einstein y Bohr terminó desvaneciendo gradualmente su mutua atracción. Si realmente pudiéramos comunicarnos, el compañerismo, la participación, la amistad y el amor crecerían más y más. Ése podría ser el camino,. Pero ¿comprendemos realmente la necesidad de este proceso? Ésa es la pregunta clave, porque cuando nos demos cuenta de que es absolutamente necesario, entonces estaremos en condiciones de hacer algo al respecto.

Tal vez, cuando nuestro diálogo alcance ese nivel de coherencia, podamos trascender la noción de que somos simplemente un grupo que trata de resolver los problemas sociales. Tal vez entonces pueda producirse una transformación en el individuo y en nuestra relación con el cosmos. Esta energía ha sido llamada «comunión», un tipo de participación a la que los cristianos primitivos denominaban con el término griego *koinonia*, cuya raíz significa «participar», es decir, participar de la totalidad, formar parte de ella; no sólo del grupo sino de la *totalidad*.